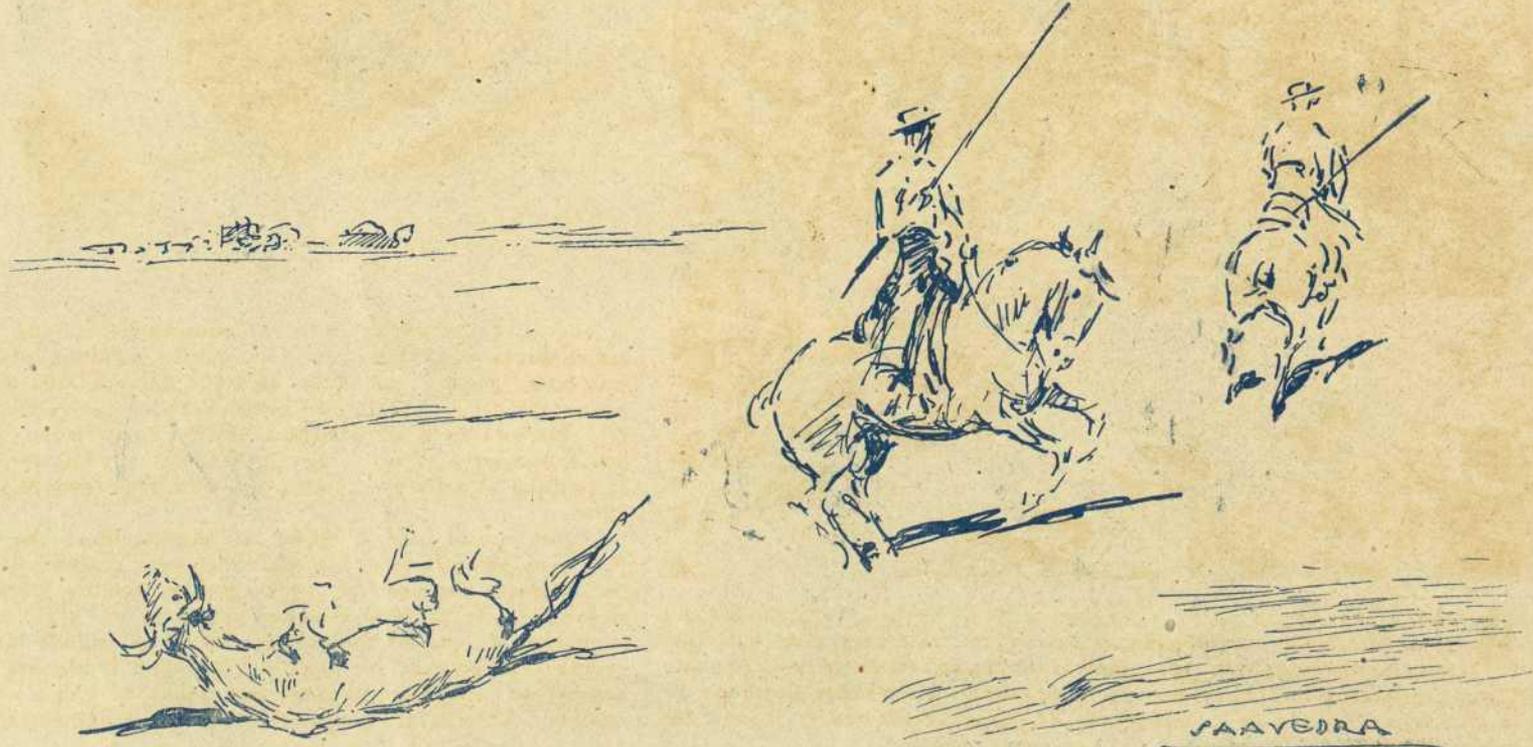
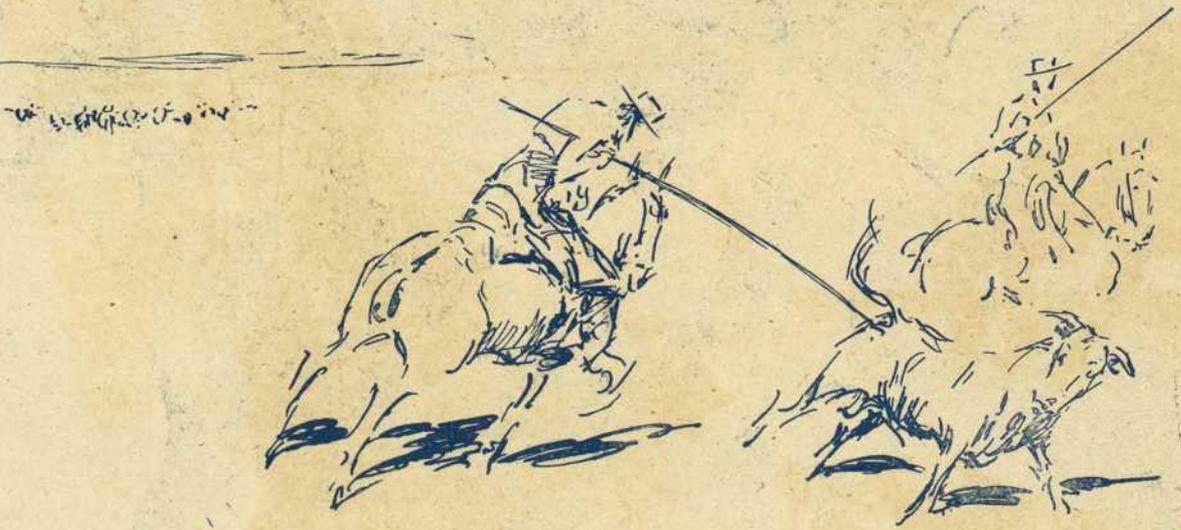


El Ruedo

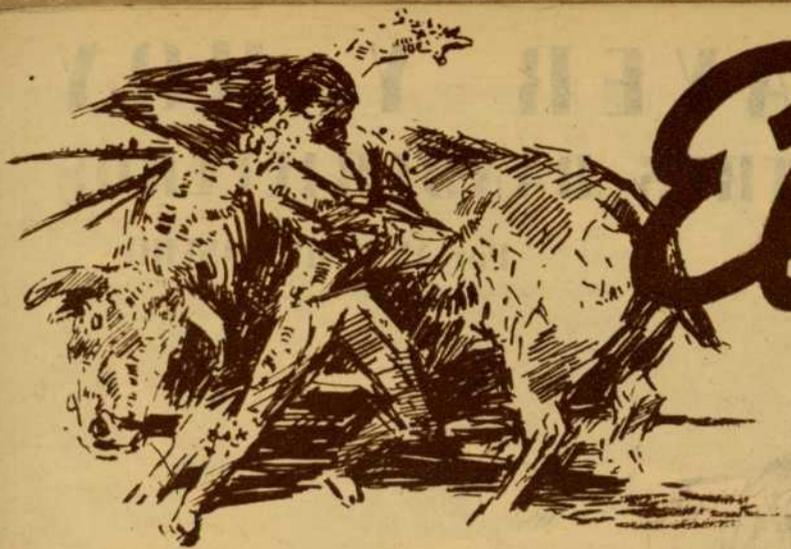


2
Pias.

Caldentia



Acoso y derribo



El Ruedo

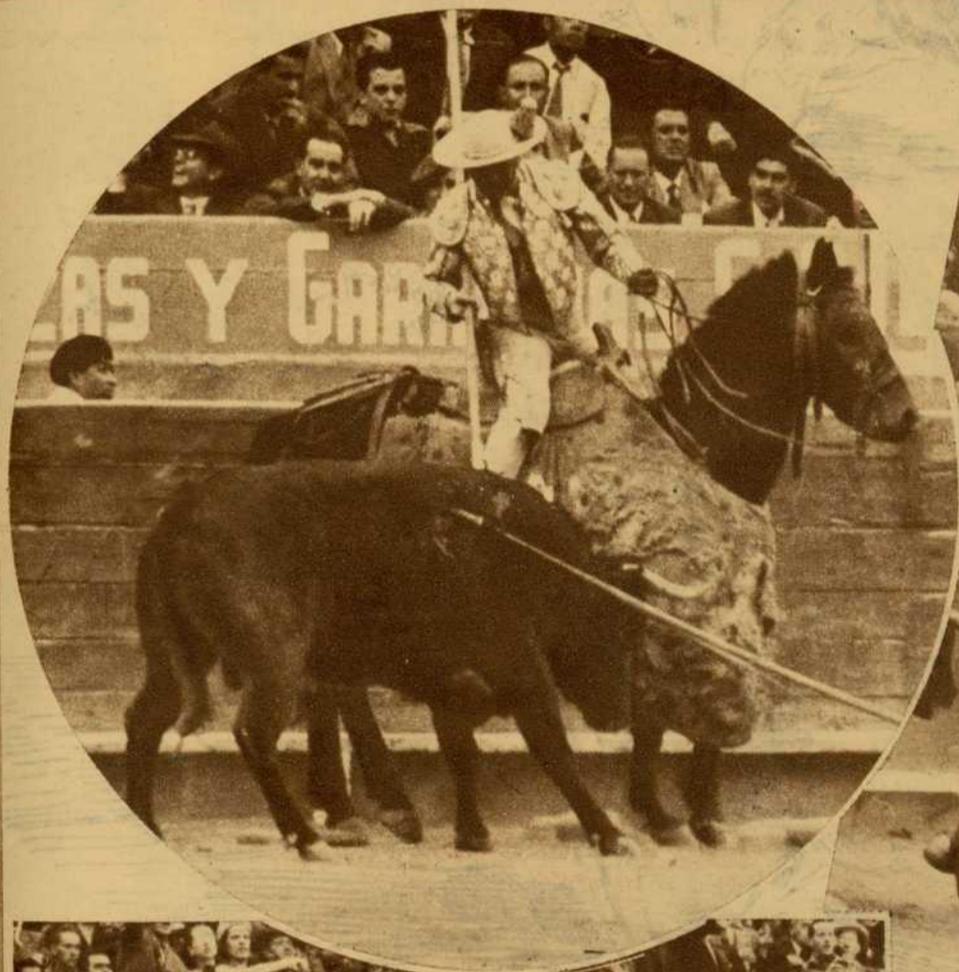
Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán González, 28.—Teléfs. 265091-265092

Administración: Alfonso XII, 26.—Telef. 214460

Año IV - Madrid, 30 de enero de 1947 - N.º 136



la cogida —afortunadamente sin consecuencias— de Manolete. Lorenzo Garza quedó detenido, encarcelado y puesto luego en libertad, tras haber pagado una multa de 2.000 dólares. Una de las principales causas del escándalo casi continuado en que se desarrolló el festejo fué ésta de la desdichada actuación de Carmona, que dejó enhebrada una puya al sexto toro de San Mateo y fué despedido, cuando se retiraba al patio de caballos, con una imponente lluvia de almohadillas.

Otras causas fueron, según las informaciones que llegan de Méjico, que algunos toros no dieron el peso reglamentario y que los revendedores abusaron al cobrar por los boletos precios «estratosféricos». Pero la protesta violenta estalló en ese sexto toro, picado de la manera de que las fotografías dan fe. ¡Y cuando las barbas de tu vecino veas pelar...! He aquí la actualidad inminente del tema que hemos ido recogiendo durante esta pausa de una a otra temporada taurina. ¿Vale la puya actual? ¿Hay que modificarla?

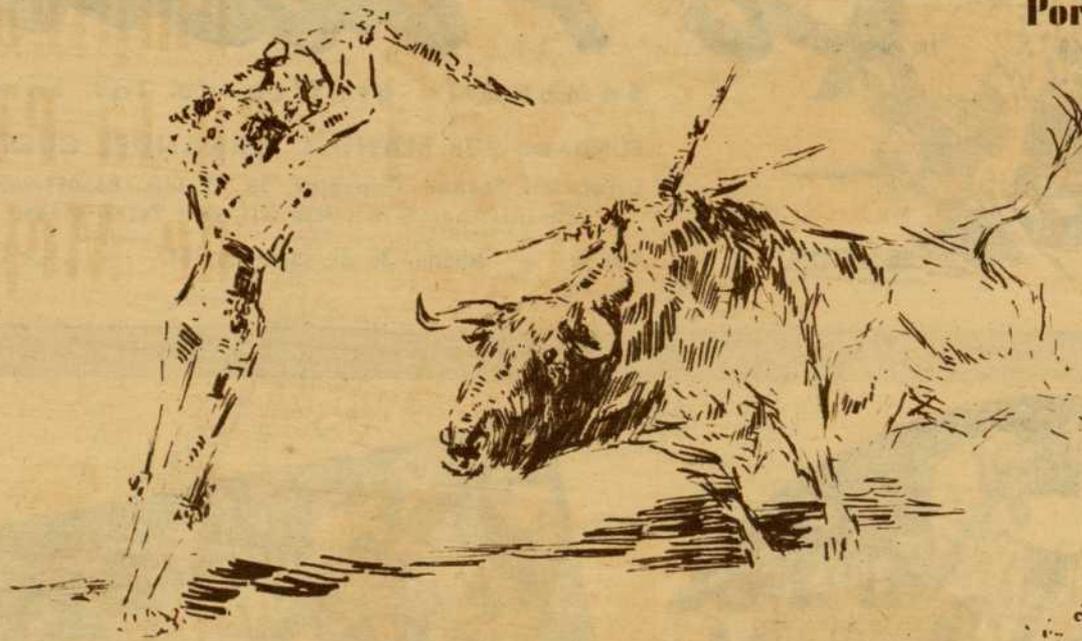
C.

A QUI y allá, según se ve, el problema es el mismo. El problema del primer tercio o el problema de las puyas. Las fotografías que ilustran esta página, llegadas a nuestras manos por conducto de la Agencia Cifra, reproducen dos momentos de la actuación del picador Carmona en la duodécima corrida de la temporada de Méjico, celebrada el pasado domingo, día 19 del actual.

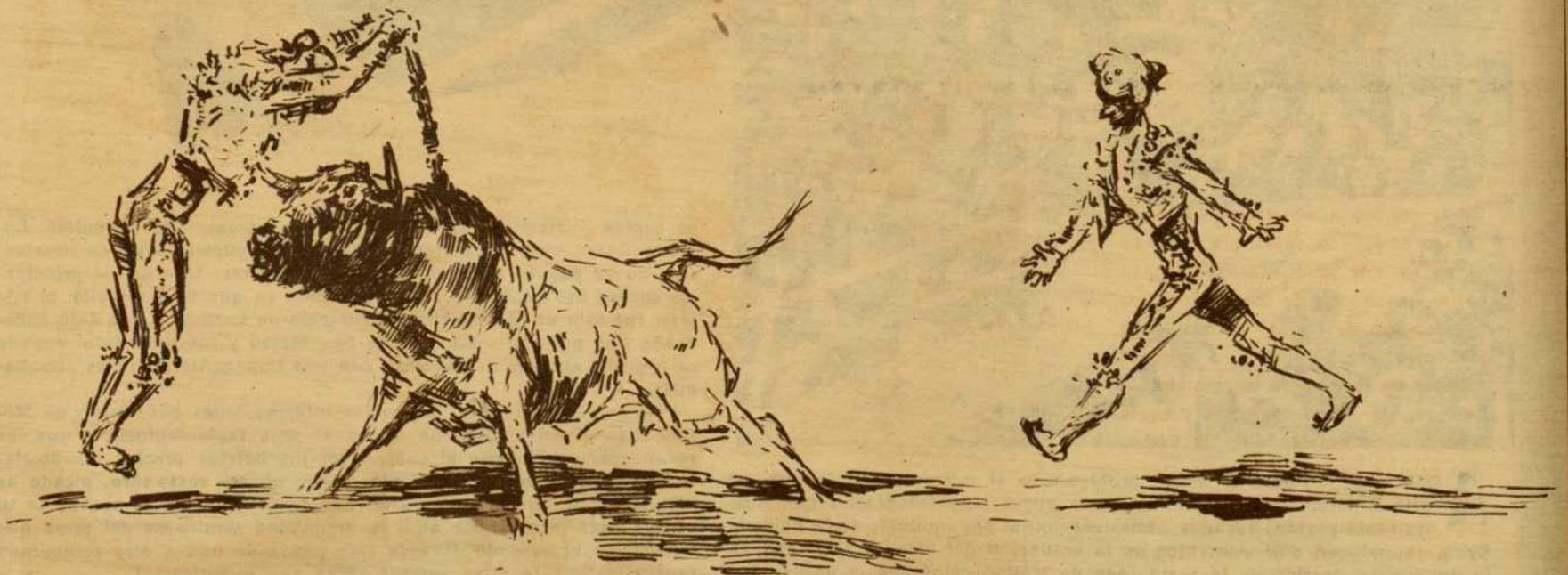
Para que el recuerdo llegue más pronto a los lectores de EL RUEDO, bastará que digamos que la tal corrida fué en la que, al final, y después de

AYER Y HOY TRES BANDERILLEROS

Por ANTONIO CASERO



Magritas.
Luis Morales.
Orteguita... o lo que es lo mismo:
arte, valor y seguridad.

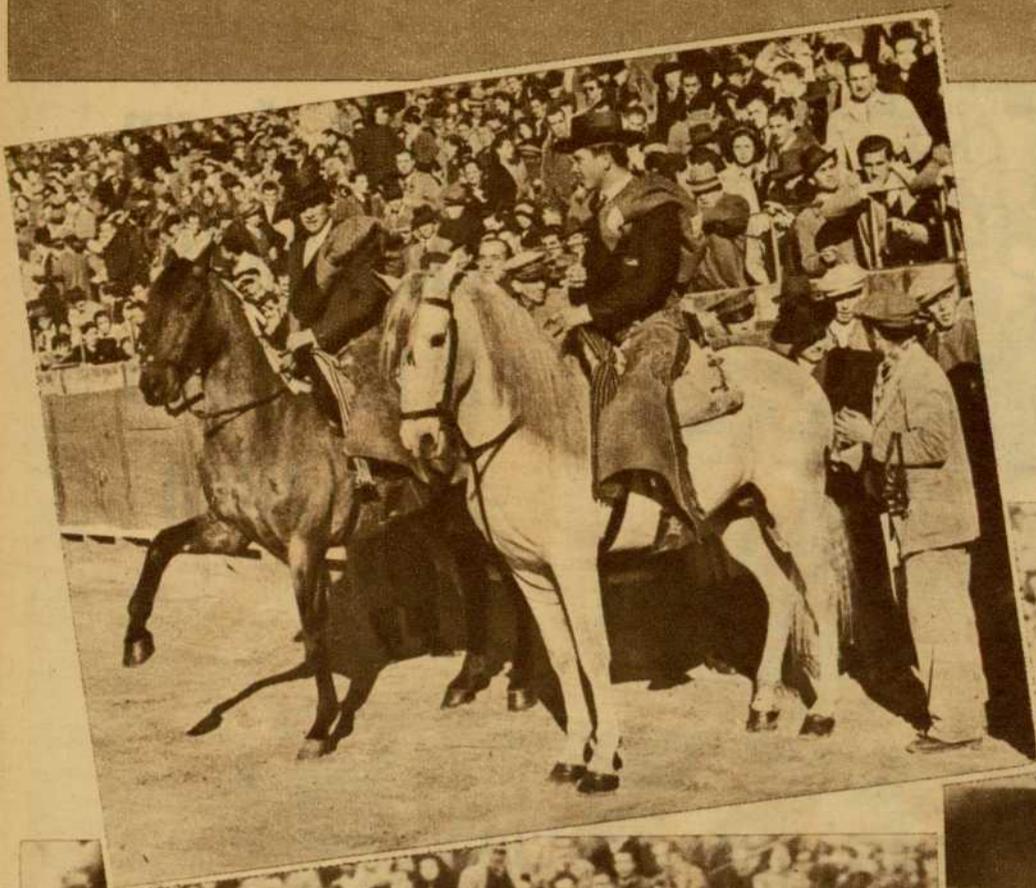


ANTONIO CASERO

Cogida de un empleado en la Plaza de Méjico

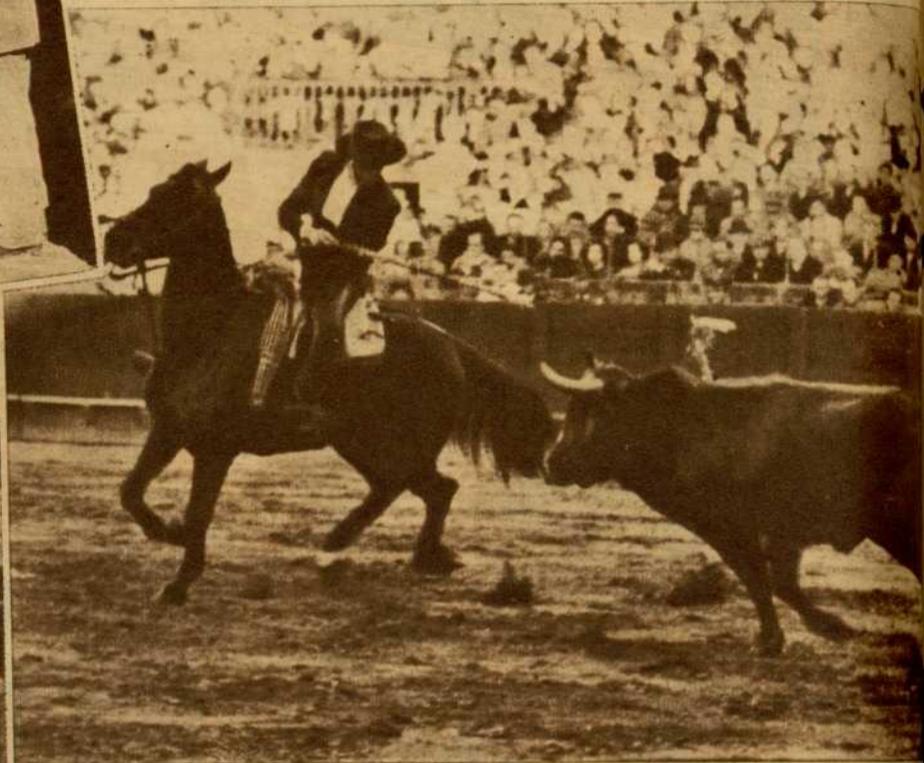


En la corrida duodécima de la temporada de Méjico, celebrada el día 19 de enero, que ya quedará designada como «la corrida de los escándalos» —detención de Garza, bronca a los picadores, etc...—, un toro saltó al callejón de la manera impresionante que recogen las fotografías y cogió e hirió a un empleado de la Plaza. ¿No resulta curioso el aspecto tranquilo que presentan los espectadores más inmediatos ante el limpio salto del animal? ¿Tan chico era el toro que no infundía respeto?...
(Foto Agencia Cifra Gráfica)



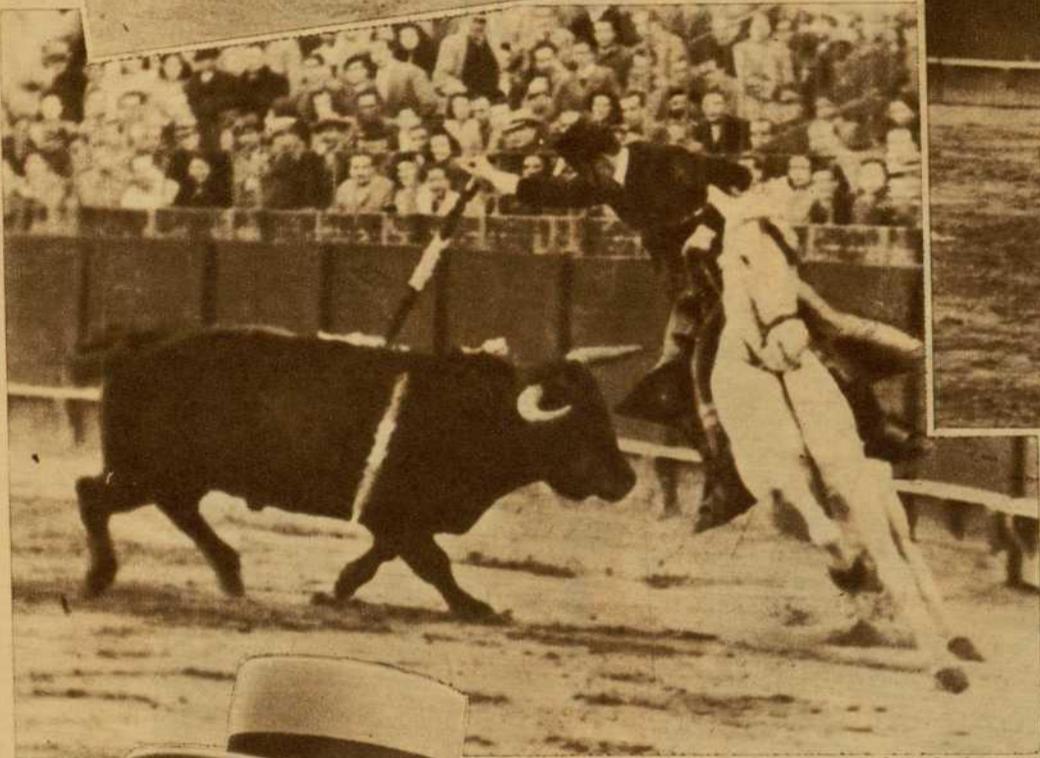
Las cuadrillas, con los rejoneadores al frente, se disponen a hacer el paseo

En Sevilla se celebra el domingo un festival a beneficio del barrio de Triana



Pepe Anastasio coloca un par de banderillas

Ya está el toro en la Plaza. Pareja Obregón torea a caballo para ponerlo en suerte



El Andaluz espera su momento



Manuel Alvarez pasa de muleta al de Guardiola, y cuando completa la faena con una buena estocada, es ovacionado y da la vuelta al ruedo

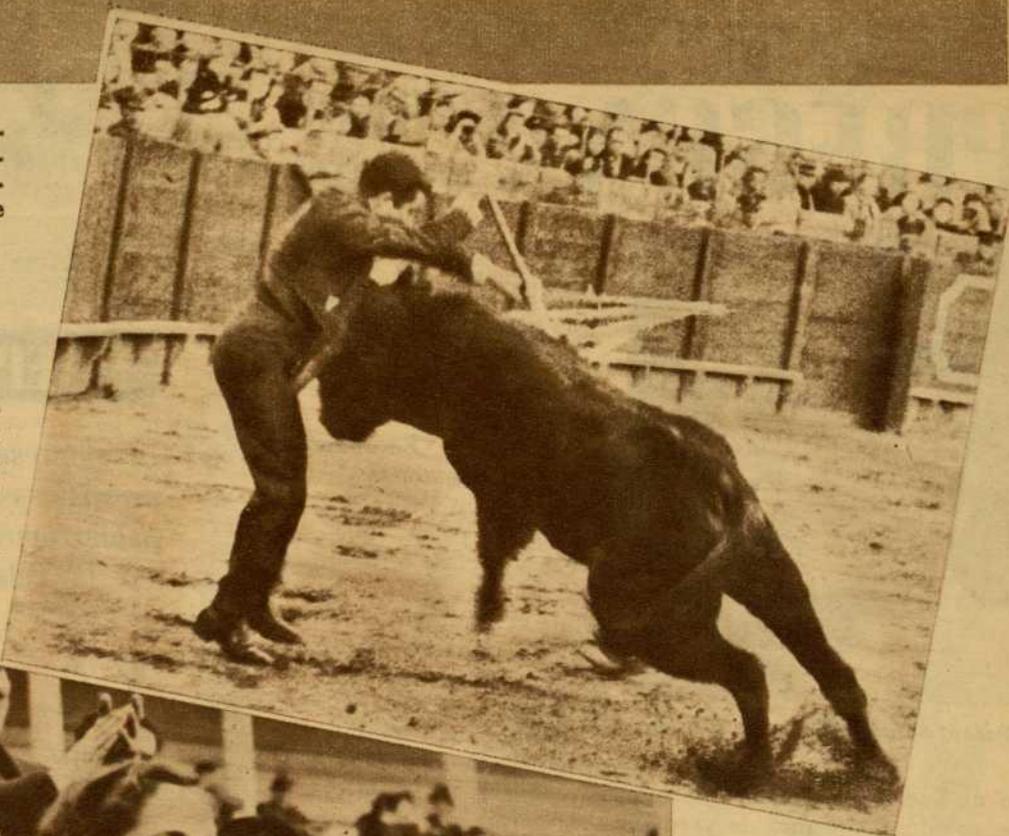
Manolo Martín Vázquez ahora, pensativo, los triunfos de otros días



Los rejoneadores Pareja Obregón
Pepe Anastasio, y los matadores
Manolo y Pepín Martín Vázquez,
Andaluz y Espartero, lidiaron
novillos de Concha y Sierra y de
Salvador Guardiola



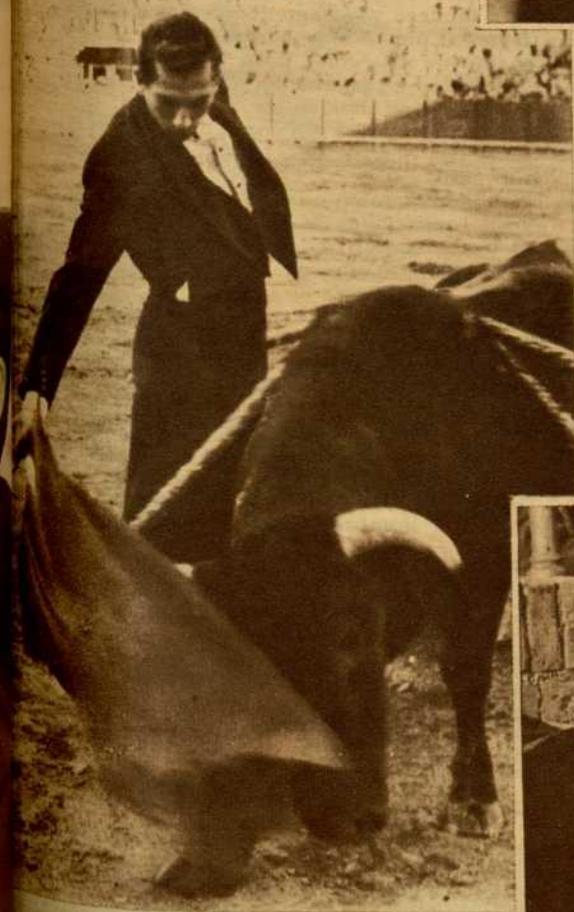
De este par de banderillas, por dejarse llegar demasiado al novillo, sale bastante apurado



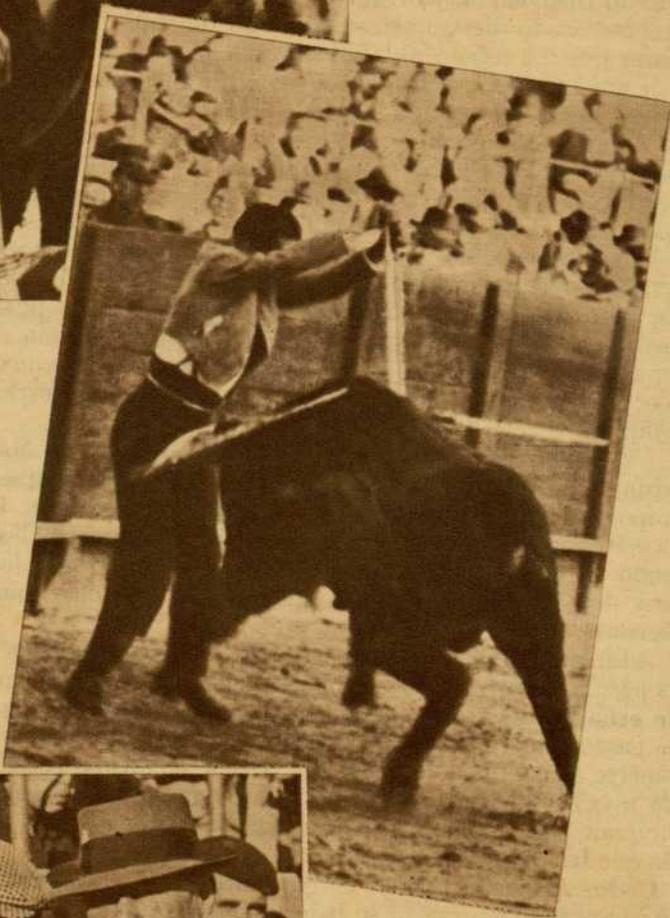
Pepín Martín Vázquez, que obtuvo un gran éxito —como lo consiguió en el festival celebrado en Paterna—, aguarda entre barreras a que le llegue su turno



Pero luego se luce con la muleta y el estoque, y estas bellas señoritas sevillanas le aplauden con entusiasmo



Espartero observa, un poco receloso. ¿No estará pensando en la resolución del llamado pleito mejicano?



Espartero coloca un par emocionante

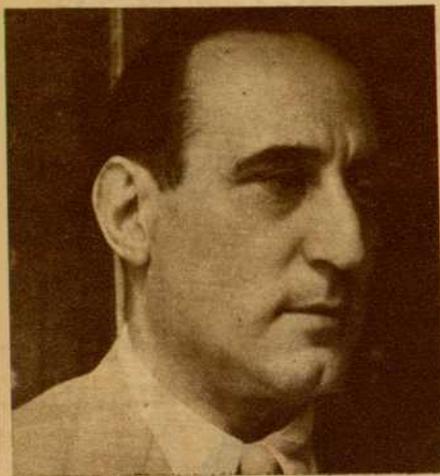


Los que un día fueron populares, estos viejos toreros, Corcito, Andaluz y Villarillo, presencian tranquilamente y bien abrigados el festival a beneficio del barrio de Triana. La cosa no va ya con ellos... (Reportaje gráfico de Arenas)

Como entonces, y con ganas de revivirlos, se para y templea en un natural

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Doctor don Luis Jiménez Guinea

Son muchos los aficionados que verbalmente o por escrito me invitan con frecuencia a que trate aquí un tema nada nuevo, pero siempre en el tapete de la discusión. Se refieren al creciente abuso de los públicos en pedir orejas, ratos y pa'as, que las «Presidencias» otorgan en la mayoría de los casos ante el popular plebiscito, que es lo reglamentario. Aun convencido de su ineficacia, estaba dispuesto a complacer a mis amables comunicantes, cuando

al hacer un recuento de temas invernales pendientes, ha reclamado plaza uno de verdadera importancia, que con el esfuerzo de algunos hombres de buena voluntad, que nunca faltan, y la ayuda de Dios, jamás negada a aquéllos, podría llevarse a feliz término.

Dejo, pues, a mis amables comunicantes para otra ocasión, bien seguro de que no lo tomarán a desaire en cuanto sepan la causa que posterga su demanda.

La cuestión a tratar me vino a la pluma y a un par de veces. Una, con motivo de unas declaraciones hechas en el invierno pasado ante el micrófono de Radio Nacional por el diestro Antonio Bienvenida, y otra, con ocasión de la muerte en plaza del infortunado diestro azteca Eduardo Liceaga. No es preciso aclarar que me refiero al terrible problema que plantea la falta de enfermerías y personal idóneo en la mayoría de las Plazas de Toros. Bienvenida lo señaló en las agridudas declaraciones de grave y apremiante, y cuando ocurrió la tragedia de San Roque, sus palabras y su llamada a todos para que se implicasen en la humanitaria tarea que proponía fueron recordadas y comentadas debidamente.

Mucho se escribió y mucho más se habló por entonces del asunto, y hasta recuerdo que se lanzaron plausibles iniciativas; pero lo que a estas fechas ignoramos cuantos pusimos nuestra buena fe y nuestros mejores deseos al servicio de la humanitaria tarea a que se nos llamaba, es si alguien intentó hacer viable alguna de las soluciones propuestas u otras semejantes.

Un cuadro de profesores y auxiliares residente en Madrid podría suministrar el personal necesario para desplazarse con equipos quirúrgicos motorizados a donde fuera preciso. Uno, dos o tres equipos, los que se considerasen imprescindibles, teniendo en cuenta las Plazas carentes de enfermerías adecuadas y de personal facultativo que celebran corridas simultáneamente.

A ninguno de los que propugnamos este o parecido sistema nos pasó inadvertido que su implantación sería muy costosa y que echaría una grave carga —una más— sobre las muchas que pesan sobre la fiesta; pero considerábamos que no podían oponerse dificultades insuperables, y que, en último caso, valdría más no celebrar corridas en Plazas cuyas enfermerías no reunieran las condiciones necesarias, que son hoy bastantes más que las que se exigen en el vigente Reglamento.

Carlos Arruza es, por su cargo, quien podría acometer con éxito la ardua empresa. A su lado encontraría a un técnico excepcional que le ayudaría con sus sabios consejos, con sus acertadas iniciativas y con su entusiasmo. Me refiero al doctor Jiménez Guinea, de cuyas dotes organizadoras habla con sobrada elocuencia la enfermería de la Plaza de las Ventas.

Carlos Arruza, desde su puesto, al que le han llevado los propios toreros, podría dejar esa huella magnífica de su paso por el Montepío, y para decidirse a la batalla, sin duda difícil, sólo tendría que plantearse así la cuestión: No deben celebrarse espectáculos taurinos sino en aquellas Plazas que tengan en las debidas condiciones los servicios médico-quirúrgicos.

No ya los sentimientos humanitarios, la posibilidad de que se repitan tragedias como las de Talavera, Manzanarés, Valdepeñas, San Roque, etc., sino el propio prestigio de la Fiesta lo exigen así.



Arruza

Luis Miguel

Pepe Luis

Pepín

PREPARATIVOS de la TEMPORADA

La Empresa de la Plaza de las Ventas ha comprado corridas a prestigiosas ganaderías de Andalucía y Salamanca -- Miuras y pablorromeros en el ruedo de la Monumental -- No parece difícil la colaboración de Manolete y Arruza -- La primera novillada, el día 16 de marzo

YA terminada la cuesta de enero, y con vistas a la primavera, los aficionados a la Fiesta Nacional se preguntan: «¿Usted cree que la Empresa madrileña habrá iniciado alguna gestión preparatoria para la próxima temporada? ¿No supone que a estas fechas seguirá sesteando, como acostumbra?»

Hay un único procedimiento para averiguarlo. Y es el que hemos seguido: trasladarnos a las oficinas de la Empresa, en la calle de la Victoria.

Juan, el veterano cancerbero de la Empresa, comenzó por decir muy finamente: «El señor gerente no está para nadie», así que resultará inútil pasarle recado alguno.

Como las tentativas encaminadas a conseguir audiencia con dos o tres miembros del Consejo Ejecutivo no alcanzaron mejor resultado, nos disponíamos a emprender la retirada, cuando atisbamos por una puerta entreabierta a un empleado de la casa, que antes de servir con los señores Stuyk y Jardón, ya lo hizo con Mosquera y Retana.

—Sin duda, usted pretenderá adquirir noticias.

—Usted lo ha dicho; pero, por lo visto, aquí nadie quiere soltar prenda...

Luego, la voz se hizo un poco más confidencial, añadiendo:

—Algunas cosillas sí podría decirle, pero...

—Venga.

Y el empleado habló así:

—La Empresa de Madrid fué esta vez la primera en llegar a Andalucía y en comprometer corridas precisamente con las ganaderías a las que los toreros de cartel no hacen remilgos de ninguna clase.

—¿Y esas ganaderías son?

—Las de Murube, Pablo Romero, Felipe Bartolomé, Buendía, Carlos Núñez, Clemente Tassara, Salvador Guardiola, marqués de Villamarta, Bohórquez, Francisco Chica, Luis Ramos —otra de las ramas de Villamarta—, Domecq y Miura.

—¿Miuras ha dicho usted?

—Sí, señor; «hemos» apalabrado una corrida de la divisa verde y negra, y como ya

le dije antes, otra de Pablo Romero, y hasta una novillada de don Isaías y don Tulio Vázquez.

—¿Y de los prados salmantinos?

—Véalo usted. Corridas de Atanasio Fernández, Galache, Rogelio Miguel del Corral, vizconde de Garcigrande, Vicente Charro, Sánchez Fabrés, Arturo Sánchez Cobaleda, Clairac, Arranz, Juan Cobaleda y Antonio Alipio y Graciliano Pérez Tabernero.

—Y fuera de estas dos regiones, ¿no dejaron encargos en ninguna otra?

—Que yo sepa, no. Pero espere usted, que me dejaba cuatro nombres interesantes.

—¿Que son?

—Las de Albaserrada, Albaida, Ruiseñada y Manolo González.

—Que con las tres o cuatro corridas que quedan en los prados de Villalba el año pasado...

—¿Fecha de inauguración de la temporada?

—La Empresa piensa dar la primera novillada el domingo 16 de marzo, siempre que para entonces haya dejado de nevar...

—¿Qué hay de cierto en determinadas combinaciones propaladas por ahí para la corrida de Pascua?

—Que por ahora no hay nada en firme. Acaso coincida con la reaparición de Vito; pero tampoco es cosa segura.

—¿Siguen ustedes pensando en el abono?

—¿Y por qué no? Esta vez contamos con materia prima para satisfacer a los diestros más descontentadizos. Ahora, si ciertos toreros insisten en no asomarse a la Plaza de Madrid...

—Vamos, que ya está usted viendo entrar por esa puerta a Camará y a Gago dispuestos a estampar sus firmas al pie de unos contratos.

—Usted no me descubra; pero ha de saber que desde hace tiempo «estamos» trabajando, y las últimas impresiones no pueden ser mejores.

—Eso está muy bien. Pero como los carteles no se hacen sólo con dos figuras, ¿qué otros nombres suenan por aquí?

—En realidad, hasta ahora sólo «nos» hemos ocupado de las adquisiciones de ganado. Uno de estos días comenzarán las entrevistas con los representantes de aquellos toreros que más interesan a la afición.

—Y ¿quiénes son los primeramente convocados?

Nuestro hombre sacó una lista, y leyó los nombres de Luis Miguel Dominguín, Pepe Luis Vázquez, Pepín, Parrita, Juanito Belmonte, Antonio Bienvenida y Morenito de Talavera.

—¿Alguna novedad ultramarina?

—La presentación de Luis Procuna, traído por la mano previsora de Gago.

—¿Y de verdad no sabe usted más cosas?

Vacila nuestro hombre, y nos dirige a su vez esta pregunta:

—¿Y no estará preparada para el 3 de julio una corrida tradicional, en la que tomarían parte, con toros de Carlos Núñez, Arruza, Luis Miguel Dominguín... y acaso Manolete?

Tal fué lo que escuchamos. ¿Optimismo? ¿Fantasías? ¿Realidad?...

De lo que si respondemos a los lectores de EL RUEDO es de que la información que reflejamos es auténtica...

X.

Parrita

J. Belmonte

A. Bienvenida

M. de Talavera



LOS TOREROS DE AYER Y LOS TOREROS DE HOY

HACE cincuenta años, el tema que hoy propongo a comentario hubiera podido —y debido— centrarse en el sentido de estudiar principalmente las diferencias técnicas entre los diestros de la época y los de tiempos anteriores. Apenas si entonces había otros matices en el caso. Y aun cuando ahora podría repetirse ese punto de vista —asimismo, con interés—, su explanación no ahondaría, sin embargo, en lo que de más verdadera y profunda actualidad tiene el problema: en su aspecto de puro fenómeno social, que acaso lo convierta en tema gris —tórtola y negro—; pero que también lo amplía y lo ventila, al sacarlo del ámbito estricto de «los inteligentes» y de «los pintoresquistas».

Dejemos aparte, por tanto, lo rigurosamente técnico y lo peyorativamente llamado «taurino». Que el torero de antaño fuera otro que el de hoy, en consecuencia de ser otros el toro y la lidia y el público —y principalmente, el momento que representa cada época en el proceso histórico de un arte—, es cosa sabida y que requeriría por sí sola un estudio de más extensión que un artículo. Que los diestros de ayer tuviesen un más ancho oficio que los de estas fechas, por contraposición a las tendencias de mera estilística que ahora predominan en la obsesión del ruedo y del tendido, es otro tema archisabido del buen aficionado, y prolicio tan sólo a polémicas más o menos estériles con todos los demás. Y que «la administración», en fin, de los hombres de luces y de cuanto gira en torno a ellos tuviera hace unos años un aspecto que puede llamarse «candor infantil» al compararla con la «madurez financiera» a que hemos llegado actualmente, tampoco es un secreto que necesite nadie desvelar. Tratar esos aspectos no entrañaría novedad alguna —ni aun adotándolos con sensacionalismos de ocasión—, y lo que es peor, reduciría el volumen del asunto, so capa de farragosidades fragmentarias.

No. El volumen del tema, su verdadera dimensión, consiste hoy día en contemplar como tipos abstractos al torero de antes y al torero de ahora, y compararlos entre sí. No sólo como el espécimen representativo de su arte que cada uno sea, sino como algo más interesante aún: como ente social. Ahí sí que se encuentran y se hacen evidentes los hechos diferenciales del ayer y del hoy taurinos.

Centrado así, pues, el problema, apenas se le examine brevemente, se llega a una conclusión. Y to-

trándola aquí por anticipo, para principio de consideraciones, cabe sentarla de este modo: por lastimoso que resulte —no sólo al pintoresquista, sino al aficionado—, el torero no sólo ha seguido el mismo ritmo de evolución que los restantes estratos sociales, sino que incluso lo ha acelerado más que ellos.

La anterior conclusión, así expuesta, parece natural e intrascendente. No lo es, sin embargo. Encierra mucho más de lo que ofrece a simple vista, como le pasa a ciertos toros. Y en esencia —de valores morales o artísticos—, supone una postura deficitaria para el hoy en relación con el ayer, a pesar de que en líneas generales la apariencia le sea favorable. Hemos de verlo.

A semejanza de lo dicho más arriba —cuando rehuíamos tratar de lo «taurino» y de lo técnico en la contemplación de un par de épocas distantes entre sí—, ahora, que enfrentamos dos tipos sociales tampoco procede parar en hábiles minucias ni en fáciles gracias que sólo persigan efectos comparativos de contraste. Yuxtaponer un tipo de torero «del bronce», para personificar lo antiguo, con otro «de cristal», o de estos tiempos, resultaría tan ñoño como hacer literatura bizantina en cualquiera de ambas defensas.

No. Tampoco. Todo eso está visto y sobado. Lo que cabe decir como síntesis de hechos consumados, sin morosidad ni delectación alguna en los pasajes episódicos, es que el lapso de los veinticinco últimos años de torero —tan densos en la evolución artística, no técnica, de la lidia de toros, que ellos solos representan en el mencionado aspecto, acaso mucho más que el siglo y medio de antes— produce los dos resultados siguientes e inmediatos: primero, un aumento evidente de influjo social, del tipo medio «hombre de toros»; segundo, paradójicamente, una merma evidente de su popularidad.

Es claro que no hablo de las excepcionales individualidades artísticas esplendentes, aunque también respecto de ellas, las anteriores reglas generales tengan fórmulas de aplicación bien claras. Hablo de un tipo medio: de espadas y de subalternos en conjunto; de la profesión en general, de la «clase» o subclase «profesional torero», como compartimento social artesano. Y ante esa abstracción, reñito, los dos resultados dichos se ofrecen indudables.

En cuanto al primero —expansión de su influjo social—, el torero ha pasado por un mimetismo completo. Conserva en gran parte sus hábitos, sus clanes, su temática; pero ha renunciado plenamente a su perfil: su indumentaria tradicional y su clásico atuendo, han caducado en absoluto. Este detalle, nimio en apariencia, le ha borrado fronteras al torero. Y como quiera que, a la par, se ha adaptado o le han hecho adaptarse a los módulos nuevos que impone la reglada organización social contemporánea, ha ido perdiendo en retraimiento y anarquía, cuanto ha ido ganando en potencia sociable y en capacidad jurídica. Así, implicado en la novísima estructura de contactos del tiempo que corre, uniformado con la masa ciudadana y refinado a su medida, el torero ha llegado a posturas de la máxima beligerancia de todos. Ha «ampliado relaciones». Y aun cuando en ese reductor deslazamiento su peculiar idiosincrasia continúe engrosando día por día y con nuevos matices el estupendo anecdotario de la intimidad taurina, el resultado práctico y concreto es que ha escalado nuevos planos y se anda a tú por tú con las Empresas —y lo que no son Empresas— y con los ganaderos y la crítica.

Paralelamente a ello, es curioso observar el segundo fenómeno —merma de popularidad— a que el torero queda sometido. No importan su auge en plaza ni su frecuentación publicitaria. Por el contrario, ello abona la tesis. Despojados del traje de luces, el torero del día es ya un hombre perdido entre la masa, pese a los ruedos y a la Prensa. Antes era otra cosa «el torero» —quizás por su propio indumento y por la calma de los días—, como lo eran también, cada uno en su plano, los grandes artistas del país: el músico, el pintor, el poeta y el cómico. El mundo era grande y oscuro, y el mirador de España apenas si llegaba hasta París. Pero hoy hay



otras muchas cosas. La atención se dispersa. Y están los cien deportes, las guerras estables, la inestable política, el cine. El cine, sobre todo: las figuras del cine, en realidad, son la única «gente conocida del mundo».

Con esto, con todo esto que, en resumen, no es más sino los dos fenómenos expuestos —de engranaje social y nebulosa simultánea—, el mundo interior del torero ha cambiado también. El torero ha llegado a darse cuenta de su valor y de su fuerza como factor de un juego fundamentalmente económico, y de lo tenue de la estela que deja como artista en el atolondramiento actual de las confusas muchedumbres. Su arte ha decaído ante sí mismo: ya no es fin, sino medio; oficio, mucho más que vocación. Oficio lucrativo, de canon pragmático, en el que hallado un módulo —indiferente en fin de cuentas para la «boca dura» de la masa— ya no hay que calar más hondo ni más alto. Y oficio ya bien fácil, regalón casi casi, de humanizado y pastichero que lo han puesto a medias las damas y los romancistas del tendido de hoy. Práctico oficio. Más concurrido cada vez —ya que vivimos en la edad del absentismo de lo serio—, como cualquier carrera corta.

He ahí —en todas esas notas últimas— el por qué no resulta intrascendente la conclusión exacta y cierta que anticipamos muy arriba, afirmando que «el hombre de toros» no sólo ha seguido el mismo ritmo de evolución que los restantes estratos sociales, sino que incluso lo ha acelerado sobre ellos. Sí. Los toreros de hoy —por los cuales preguntaba e e título que propuse al principio, contraponiéndolos en bloque a los diestros de ayer— se han incorporado alegremente, digámoslo así, a la «interpretación materialista» de la Historia. Por ende, contra las viejas tesis y posturas, al mayor rendimiento del mínimo esfuerzo.

Sin nostalgias del «tiempo pasado y mejor», sin pesimismo o signo derrotista ninguno, eso hay que decirlo porque es, sencillamente, así. El torero ha pasado a formar parte de nuestro vulgo errante, «municipal y espeso». Ya no es héroe, aun cuando siga siendo, a ratos, ídolo. Y ese mundo de sales extrañas que, a fuerza de amarlo, seguimos algunos llamando —por bautismo feliz de Cañabate— «el planeta de los toros», va dejando de ser mundo aparte y sin órbita, para ser un planeta aburguesado y registrado en la galáctica metalizada del día.

Porque se estrechan los grilletos de oro que se ha puesto el mundo, por el clima del tiempo, porque su hora actual estaba irremisiblemente así, por lo que sea, en suma, el torero de hoy ha ido «a más», siendo menos —muchísimo menos— que sus congéneres de ayer en lo que hace a técnica entrañada y a popularidad entrañable. Se sobrevive así: galvanizado.

Tampoco es de llorar, después de todo, cuando surcámos por un tiempo cuyas orillas guardan todo un mundo de cosas, de cuerpo presente.

R. CAPDEVILA



NUESTRA CONTRAPORTADA

Antonio Pérez Peciña, el Ostión



NACIO Antonio Pérez en La-guardia (Alava) el 27 de diciembre de 1847. Fué albañil, y en 1866 rejoneó un toro en Bilbao. Toreó después en capeas, y banderilleó y mató por primera vez en Orduña. El 18 de agosto de 1872 puso tres buenos pares de banderillas, en el ruedo de Bilbao, al toro Hurón, de Miura, toro que mató Lagartijo. Deja de torear en 1873, para tomar parte activa en la guerra

civil. Terminada ésta, vuelve a actuar, y en 1876 torea en Bilbao, y en 1878, en Madrid. En 1879 entra a formar parte de la cuadrilla de Felipe García, con quien está hasta 1883, aunque en las fechas libres torea con otros matadores, entre ellos con Frascuelo. Actúa después como matador de novillos, hasta que ingresa en la cuadrilla de Frascuelo, para alternar con Pablo Herráiz y Regaterín. Se distingue por sus enormes pares de castigo, y compite dignamente con los otros dos banderilleros de Salvador. En 1887 queda como primer peón de Frascuelo, y con él sigue hasta 1889, año en que el de Churrriana disolvió la cuadrilla. Entonces pasó a la de Lagartijo, con el que permaneció hasta el 1 de junio de 1893, fecha en la que toreó por última vez en el ruedo de Madrid. Murió en la capital de España, el 14 de enero de 1894. Fué uno de los mejores banderilleros de su época.

El Bachiller González de Ribera dijo de Antonio Pérez: «¿Fué el Ostión un gran torero, como Juan Molina, o un banderillero de primer orden, como el Mojino? No. Fué un temperamento, una voluntad y una especialidad que nadie ha imitado, porque las especialidades no se copian. Sus admirables pares de castigo le dan grandísimo relieve y le constituyen muy lucida personalidad entre los banderilleros de su época. Como torero de facultades, de tesón, de buena fe, que daba de sí cuanto podía, el Ostión puede figurar en primera línea. Fué valiente, fué hábil, fué útil, fué concienzudo. Auxiliar eficazísimo, su nombre va unido a los de los colosos del arte de torear. Su figura será siempre recordada con cariño.»

EL PLANETA DE LOS TOROS

Los toreros hacen piernas

SEGUN Rafael el Gallo, hay dos meses que no tienen lidia: diciembre y enero. Durillos son estos meses, en efecto. Pero, ya a fines de enero, el planeta de los toros va saliendo, poco a poco, de su letargo invernal.

Ya en estos días los toreros empiezan a pensar en el toro. Y en cuanto un torero piensa en el toro, se va al campo. No a buscarlo, pues no se ha dado jamás el caso de que un torero busque a un toro y menos de que un toro busque a un torero, ya que para que se encuentren, frente a frente, en el ruedo de una Plaza, hay que encerrar al toro y casi casi al torero. Este se va al campo a hacer piernas. La frase es perfecta. ¡Hacer piernas! Y uno se figura al torero cuidándose sus pantorrillas como se las cuidaba la Mistinguette, que dicen que las tenía preciosas. Pero no; el torero, que suele ser bastante coqueto, no se preocupa demasiado de la belleza de sus piernas. A lo que va al campo —por lo menos en teoría— es a fortalecerse, a prepararse físicamente. Para lo cual, lo primero que hace es comer desafortunadamente. Y beber mucha leche. Pero, ¿y la línea? El torero tiene que cuidar la línea: si engorda, está perdido. Desde luego; pero los toreros suelen ser jóvenes, y aunque coman mucho se conservan esbeltos. Además, ellos comen abundantemente, pero después se dan un paseito, lo menos de un kilómetro, y se vuelven a casa a fumarse un puro. A esto es a lo que llaman hacer piernas.

Aparte de este saludable ejercicio, la reclusión campestre les beneficia mucho, porque les aparta de los peligros de la ciudad. La ciudad es muy peligrosa para un torero... según ellos, claro. Los toreros son todavía de los que creen que las ciudades tienen tentáculos que aprisionan. Hubo un tiempo en el que esto de las ciudades tentaculares estuvo muy en boga. A punto fijo no se sabe lo que eran tales ciudades. Pero se decía con bastante buen éxito. Tentáculos peligrosísimos que al que cogían no le soltaban. Y ya se sabe que los toreros tienen mucho miedo a las cogidas.

Algunas tardes se celebra un tentadero, bien en la dehesa que los hospeda, bien en las de los alrededores. Los toreros acuden como las moscas a la miel. ¡Los tentaderos, dulce tarea sin peligro, probatura de posturitas, palenque donde lucir arrogancias! Enero termina, la temporada se acerca. ¡A estirar los brazos, se ha dicho, delante de una becerra! Pero a los tentaderos no van sólo los toreros hechos y derechos —¡demasiado derechos en estos tiempos!—, sino también los aspirantes. Y entre ellos, los más abundantes, los niños acompañados de sus papás. Estos niños van vestidos de dulce, con sus trajes cortos tan bonitos y tan bien cortados, que más que niños parecen figuritas de mazapán, sin que esto quiera decir que estén para comérselos. Estos niños no suelen tener afición, los que la tienen son sus papás. Afición crematística, más que taurina. Alucinación, más que afición. Se habla tanto del dinero que dan los toros, que los padres que adivinan en sus hijos disposiciones más o menos toreras, por ejemplo, que no quieren estudiar y hacen novillos en lugar de ir a clase, se dicen: «Pues este niño, a lo mejor, toma la alternativa y en el primer año me gana un millón de pesetas». Y no lo piensan más y preguntan: «¿Dónde hay una tienda?». Y a la tienda van, hipotecando una finquita que poseen en el pueblo de sus padres. Con este dinero equipan al niño. Lo visten de corto. Traje muy propio, porque la criatura es un retaco, que con poca tela se apaña; aunque resulta que los impúberes vestidos de corto, son mascaritas sin careta, que no engañan más que a los confiados y cándidos papás. Y... ¡a Salamanca con el chavall!

Viene todo a cuento de que días pasados estuve en la tienda de las vacas de la ganadería de don Manuel Arranz. Las becerras fueron bravas. Los toreros, Juan Mari Pérez Tabernero, Parrita, Angel Luis Bienvenida y Pedro Robredo, las torearon a placer. Hubo niños que fueron toreados con no menos placer por las becerras.

Nieva. Hiela. Sopla el cierzo. Enero termina. Falta sólo un mes largo para que suene el clarín. Los toreros hacen piernas.

ANTONIO DIAZ-CANABATE

BLENOCOL

Protege al hombre

BLENOCOL es un producto registrado; rechaza todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL



Para JUAN BELMONTE todo estriba en el acierto de quien presida la corrida

"En la lucha del hombre con el toro, siempre me pondré de parte del primero"

Vamos a dar por terminada esta encuesta acerca del problema de las puyas. Aprovechando esta pausa invernal, y haciendo nuestra la iniciativa afortunada de José María de Cossío, hemos querido brindar estas páginas de EL RUEDO —abiertas de par en par a cuantos limpiamente quieran exponer su opinión sobre cualquier aspecto que beneficie y prestigie a la Fiesta nacional— a quienes por razón de lo que fueron o de lo que son podían aportar, con conocimiento de causa, una idea o un criterio sobre ella.

En este orden han ido desfilando el torero retirado y el torero en activo, el presidente de las corridas y el asesor, el ganadero y el aficionado popular, el crítico, el picador de toros y la Autoridad. El tema está debatido suficientemente, y ya excede de nuestras facultades extraer las oportunas consecuencias. Mas mientras José María de Cossío resume las iniciativas expuestas, no hemos querido prescindir de interrogar a quien por tantos motivos representa una tan alta categoría, ya que, junto a Joselito, llenó la época de mayor brillantez y emoción del toreo. Dicho está que se trata de Juan Belmonte.—(N. de la D.).

JUAN Belmonte gusta de hacer frecuentes escapadas a Madrid. Lo difícil es localizarlo. Cuando nos disponíamos a hacerlo, ese amigo que todo lo sabe, y que a veces llega en momento oportuno, nos advirtió:

—Si quiere ver a Juan, vaya a casa de Pinohermoso. Pero hoy mismo, pues cuando menos lo esperan sus íntimos, se vuelve a Sevilla.

Agradecemos el consejo, y lo seguimos. Y cuando llegamos a casa del duque, allá se hallaba una reducida tertulia, enzarzada sobre las ventajas o inconvenientes de la tiente efectuada en campo abierto o en cerrado.

Juan, el maestro de ayer y de siempre, está en vena, y replica con sutiles y zumbonas imágenes a los alegatos sustentados por su hijo Juanito y por Luis Miguel, Dominguín, los dos benjamines de la reunión.

—Lo urgente no es ir tan sólo a la reforma del primer tercio de la lidia, sino que debería abarcar a casi la totalidad de sus momentos— éfnos decir, muy convencido, a Belmonte «junior».

—Con que se cumpliera a rajatabla el Reglamento, creo que sería suficiente— replicó calmamente el menor de los Dominguín.

—¿Qué le han parecido las respuestas publicadas en la encuesta de EL RUEDO?—inquirimos de Belmonte, padre.

—Interesantes todas ellas, y muy puestas en razón, desde el punto de vista de defensores del toro, que no es lo mismo que serlo del torero.

—Sin embargo...

—Usted quiere oír mi parecer, y voy a dárselo, advirtiéndole por adelantado que acaso le parezca extraño.

—Lo que nos diga, siempre tendrá atractivo para los lectores de hoy, y de seguro ayer incondicionales suyos.

—Pues vamos allá. Añoramos tiempos pasados, porque los creemos mejores que los presentes, y esto no pasa de ser —al menos, en el toreo— un tópico, una manía. Hoy, por lo pronto, la técnica del toreo es más perfecta que lo fué nunca. Se torea como no se ha toreado jamás.

—En cuanto a la lucha del toro con el torero...

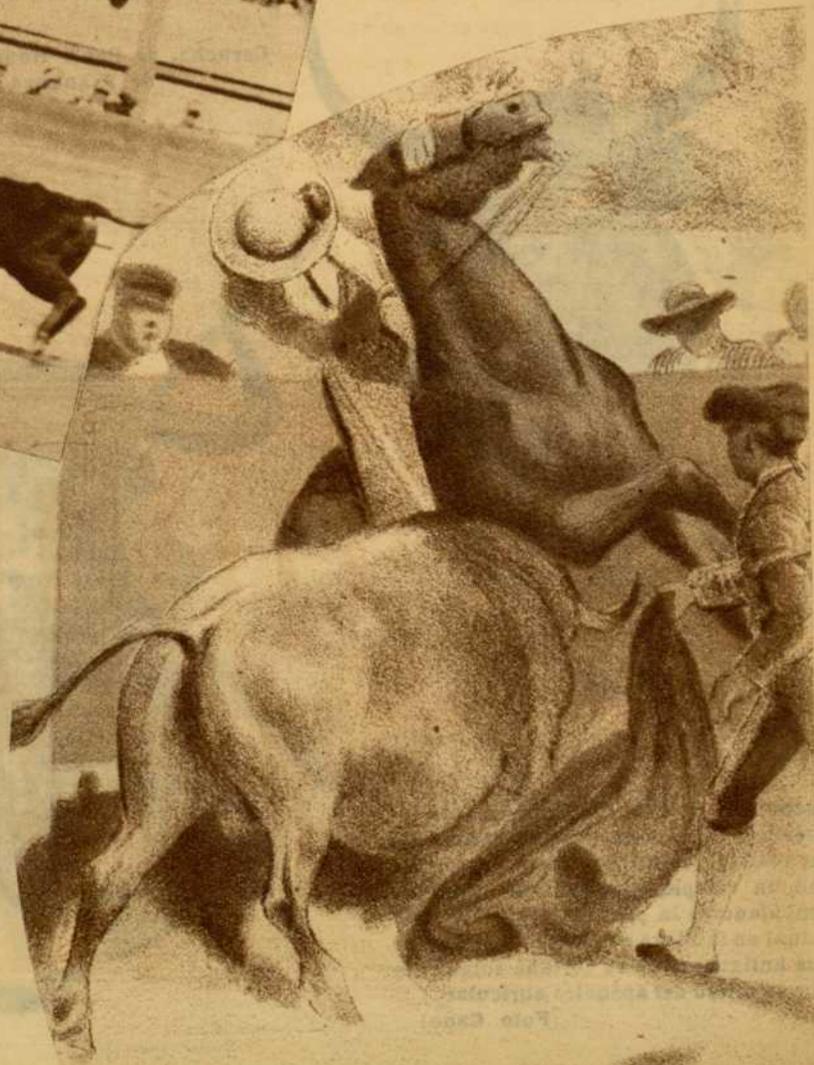
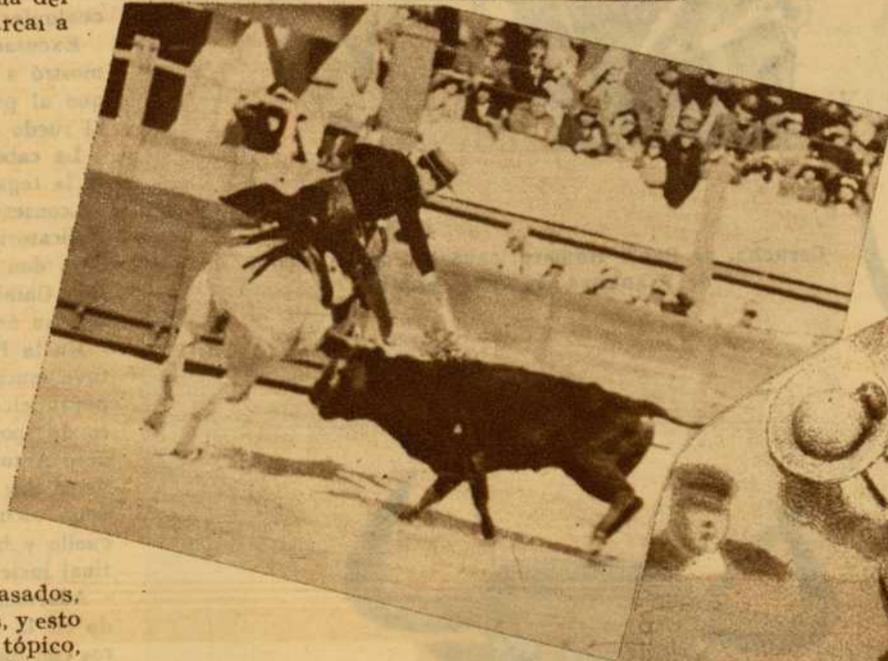
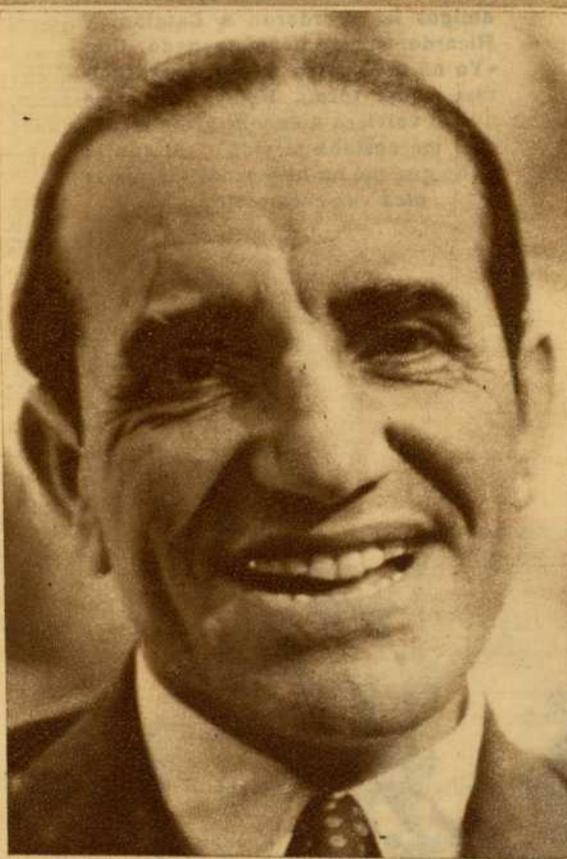
—Respecto a esa lucha, reconozcamos también que ha evolucionado en el sentido de aportar una «civilización» de que en otros tiempos carecía. Por lo que a mí se refiere, en la lucha del toro con el hombre, instintivamente siempre me pongo de parte del torero, y lo mismo en las tientas que en las Plazas, me parece estar empujando con el hombro la vara del picador para que el castigo sea mayor.

—De aquí que cualquier modificación que tienda a disminuir ese castigo chocaría con su peculiar manera de ver el problema.

—Exactamente. Buena o mala, esta opinión es tan sincera como la de aquellos que ven las cosas de muy distinta manera.

—Siquiera, convendrá en que la suerte de varas carece de la sustancial belleza de otras épocas.

—El tercio de varas siempre fué el menos estético de todos y el más carente de elegancia. Con vengo también en que la mole protectora de hierro



y trapos que recubre al caballo no excite ningún sentimiento admirativo hacia lo bello. Pero todo esto suele olvidarse cuando un picador y caballista ejecuta la suerte a la perfección.

—¿Cómo se explica la casi inditerencia del público por la suerte de varas?

—Los espectadores van hoy a las Plazas atraídos por un solo aspecto de la lidia: la faena de muleta. Todo lo demás, parece tenerles sin cuidado, aunque no tanto como para no abroncar al piquero, si entienden que ha castigado en demasía.

—Espectáculo bien frecuente, por desgracia.

—Admito que se castiga aho-

ra más que antes. Pero, amigo, esto es cuestión de ver al toro desde el ruedo a verlo desde el tendido. Acaso si yo toreara todavía me parecería siempre insuficiente el castigo.

—¿Qué otra «eximente» le encuentra al primer tercio de la corrida?

—Que sirve admirablemente a los gustos actuales de los públicos al proporcionar ocasión para que los diestros toreen de capa. Al no estar hoy los picadores en el ruedo a la salida del toro, éste, generalmente, abanto en los primeros instantes no acostumbra a dejarse torear hasta que ha sido fijado por los picadores.

Y a partir del primer puyazo, admite el lucimiento del espada. Antes, en cambio, las tres o cuatro primeras intervenciones de los picadores transcurrían en fintas e intentos para abrir «el ojal».

—¿Cómo conseguir que el castigo sea justo y exacto?

—En la práctica, siempre estribó en el acusado criterio presidencial. En la actualidad, este criterio acostumbra a estar respaldado por los deseos del diestro, que, por la cuenta que le trae, es el primero en pedir el cambio de tercio cuando lo estima necesario para su ulterior lucimiento.

—¿Qué diferencias encuentra entre los picadores de su época en activo y los de hoy?

—Antes, como la misión de picar resultaba de mayores dificultades y de más evidente peligro, no daba tiempo para que cuajasen muchos picadores. Hoy, al convertirse esta suerte en la más fácil de todas, permite que se disponga de un nutrido plantel de excelentes varilargueros.

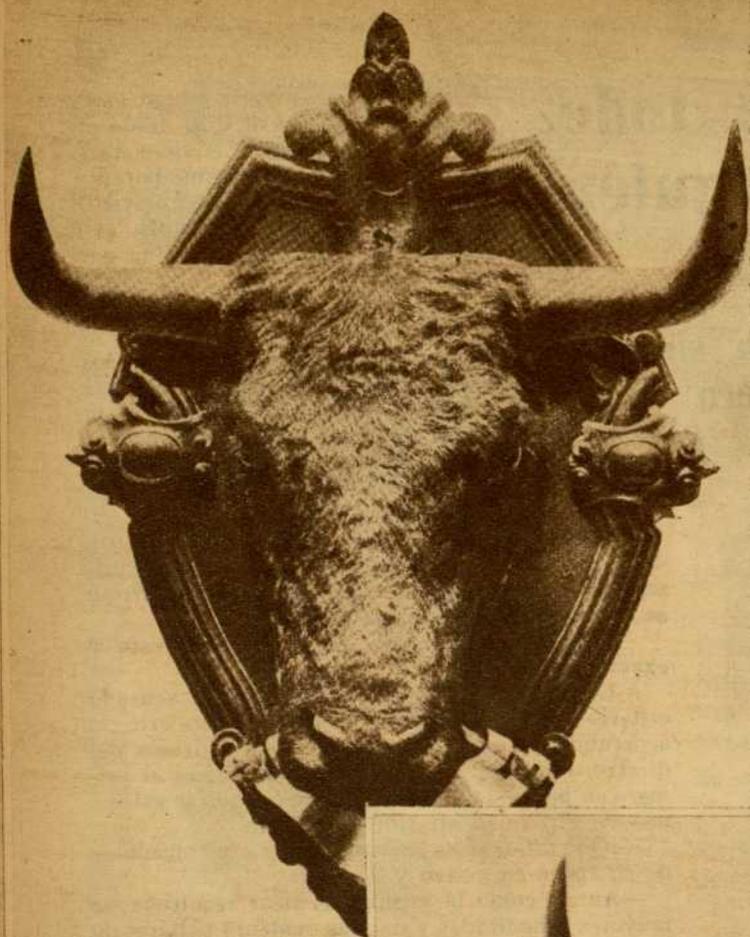
—¿Algún nombre?...

—Recordaré siempre a Camero, poseedor de un estilo inimitable. Por cierto, que la fidelidad que tuvo siempre por Joselito sólo le permitió venir a mi cuadrilla cuando, desaparecido su maestro, y viejo y con achaques él, fui a Lima en una de mis postreras temporadas. Y a pesar de su decadencia, arrancó frecuentes ovaciones de la afición limeña.

A partir de aquí, nos fué imposible acaparar la atención de Belmonte, y ya no hubo manera de mantener un diálogo, que a los invitados de Pinohermoso iba pareciéndoles excesivamente largo.

F. MENDO

Cabezas de

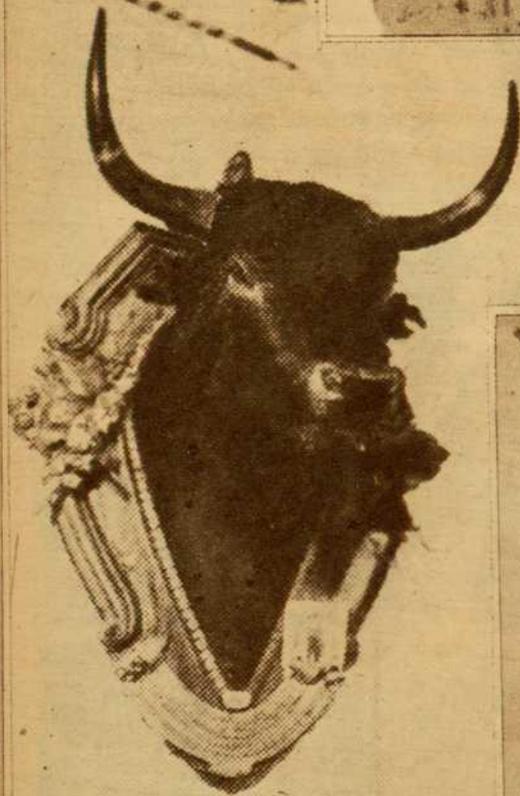


Catalán fué la espina más dolorosa que llevó durante toda su vida clavada aquel gran torero que fué Ricardo Torres, Bombita. Transcurridos bastantes años del troplezo, unos amigos le recordaron a Catalán, y Ricardo, sinceramente apenado, dijo: «Yo no sé si desear o no que resucitase aquel toro... Estoy seguro de que si volviera a encontrarme frente a él me costaba la vida. ¡Si con el daño que me ha hecho nos viéramos otra vez cara a cara...!»

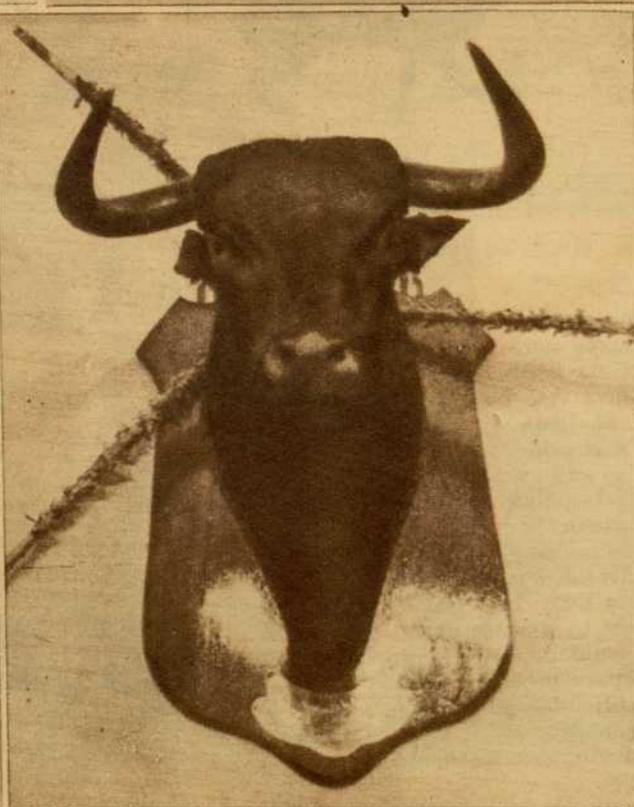
Cabeza del toro Matajacas, de Tepayahualco, que en la Plaza de Méjico causó la muerte al espada trianero Antonio Montes, y vestido que usó el diestro en aquella su última corrida



Corucho, de Pablo Romero, causante de la muerte de Francisco Aparici, Fabrilo



Carbonero, de Concha y Sierra. Toro fogueado y difícil con el que Vicente Pastor realizó valentísima faena, coronada con un volapié, que valió al torero de Embajadores la primera oreja del siglo actual en la Plaza de Madrid. (Obsérvese que antiguamente se cortaba solamente la mitad del apéndice auricular
(Foto Cano)



ENTRE diversas cosas relativas a la fiesta taurina que se conservan desperdigadas por ahí, figuran numerosas cabezas de toros con notoria celebridad, que pasaron a los anales del toreo por algún suceso trágico, glorioso o interesante.

Por diferentes sitios y latitudes cuelgan de las paredes imponentes y rizadas testas con buídos pitones y ojos de cristal, a las que el disector procuró dar las exactas expresiones de fiera y naturalidad.

Cada testa disecada es, por lo general, una página de la historia de la fiesta. Y un recuerdo tangible, cuya simple contemplación trae a la memoria hechos notables, curiosos o dramáticos del más hermoso y emocionante espectáculo que los siglos conocieron.

Sin referirnos, en esta ocasión, a multitud de cabezas de toros famosos, cuyo paradero ignoramos, y de las que ni reproducción fotográfica poseemos, vamos a citar, de momento, algunas interesantes, dando al propio tiempo un grabado de las mismas.

Y por orden de fechas, empezaremos por la del toro Catalán, de Miura, lidiado en quinto lugar, el día 5 de octubre de 1902, en la Plaza de Madrid, y con el que Ricardo Torres, Bombita, tuvo el fracaso mayor y más amargo de su vida torera. Era Catalán, según el conocido crítico taurino Pascual Millán, «negro con bragas, bien puesto, largo, bien criado, de poca cuerna, alto de agujas; bravo, seco, duro, arrancando siempre de largo, volteando las jacas como si fueran de cartón...» Pues bien: la faena de Bombita con tan bravísimo toro fué desastrosa, y más desastrosa aún la forma de entrar a matar, que, al decir del cronista Dulzuras, hubo de ser «echándose fuera descaradamente y cuarteando como cualquier ignorante micoso».

Excusado es consignar que el público en masa demostró a Bombita la intensidad de su disgusto, y que al pujante y noble animal se le dió la vuelta al ruedo entre ensordecedora ovación.

La cabeza de este toro, esmeradamente disecada, se la regaló el empresario al ganadero —suponiendo se conservará en la casa Miura— con la siguiente dedicatoria, grabada en plata: «Al excelente ganadero don Eduardo Miura le dedica la cabeza de su toro Catalán, el más bravo y noble que ha visto lidiar su amigo, Pedro Niembro.»

En la Plaza de El Toreo, de Méjico, está —o estuvo muchos años— la cabeza de Matajacas, de Tepayahualco. Toro que la tarde del día 13 de enero de 1907 infirió terrible cornada al espada trianero Antonio Montes, a consecuencia de la cual falleció dos días después. Matajacas fué un toro cárdeno oscuro, señalado con el número 42, largo de cuello y bien puesto de pitones, que llegó al tercio final incierto y avisado. Un toro de «sentido».

Adornan las paredes del Museo Taurino instalado en la Plaza de Valencia distintas cabezas de toros con historia. Y, entre ellas, la de Corucho, cuya fotografía insertamos en este artículo, causante de la muerte del novillero Francisco Aparici, Fabrilo. El toro Corucho, de Pablo Romero, negro, grande y astifino, se lidió en cuarto lugar, en el propio circo valenciano, el día 30 de abril de 1899. Al entrar Fabrilo a matar en tablas, salió cogido y volteado, resultando con un enorme cornalón en el muslo derecho, del que el desgraciado novillero falleció a las veinticuatro horas en la misma enfermería.

En poder del distinguido abogado y oficial mayor del Ayuntamiento madrileño don Pedro Górgolas se encuentra la cabeza del famoso toro Carbonero, de Concha y Sierra, que proporcionó a Vicente Pastor uno de los mayores triunfos de su profesión y la primera oreja concedida en el siglo XX por el público de Madrid. (Con anterioridad, solamente hubieron de otorgarse estos premios: el 29 de octubre de 1876, a Chicorro, y el 12 de mayo de 1898, a Cacheta, a éste, más en broma que en serio.)

El toro Carbonero lidióse en cuarto lugar el 2 de octubre de 1910, como sustituto de uno de los de

toros famosos

Guadalest, anunciados para el de Embajadores, Regaterín y Manolete.

De pelo cárdeno oscuro, con cinco años largos y buenas herramientas, gordo, manso y peligroso, el toraco infundió pánico desde el primer momento entre la gente de coleta por sus pavorosas arrancadas. Y al no querer pelear con los caballos, hubo de ser condenado al intamante fuego.

Pastor castigó y dominó valientemente a Carbo-nero, arreándole después formidable volapié en lo alto del morrillo, saliendo el diestro limpiamente de la suerte. Los espectadores, ebrios de entusiasmo, solicitaron la oreja del bicho para el espada madrileño, siéndole inmediatamente concedida entre grandes aclamaciones.

Desconocemos el actual paradero de la cabeza del nefasto Bailaor. Pero lo cierto es que se disecó, aportando como prueba una foto, hecha, a raíz de terminada la operación, por Baldomero.

Las maldiciones más grandes, jamás aplicadas a toro alguno, las cosechó a millares Bailaor, bicho de la viuda de Ortega, lidiado en quinto lugar, el 16 de mayo de 1920, en Talavera, y el que, de certero hachazo, segó la vida del mejor torero de todas las épocas: José Gómez, Gallito.

Bailaor, marcado con el número 7, de pelo negro mulato, bien puesto, corniverde, astifino, corniapretao y con cinco años, fué un toro de cara seria, pero terciado —pesó en canal 259 kilos—; certero en la suerte de varas —dejó en arena cuatro caballos—, aunque saliéndose suelto de todas ellas, que llegó al último tercio avisado, querencioso y desparramando la vista.

En el zaguán de «La Alquería», domicilio de don Manuel García Aleas, preside desde lo alto la hermosa cabeza del bravísimo toro Malagueño, número 67, negro y bien armado, que, corrido en la Plaza de Madrid la tarde del 24 de mayo de 1925, sobresalió en todos los tercios por su bravura y nobleza verdaderamente extraordinarias. Tan admirable y bien encastado animal hizo perder los papeles a Nacional II, y antes de ser enganchado al tiro de mulillas, el público, en pie, reclamó para el ganadero señor Aleas —que presenciaba la corrida desde un palco— las orejas de su toro, galardón que por vez primera se concedió como caso excepcional, mientras los mulilleros daban a Malagueño tres vueltas al ruedo en medio de atronadores aplausos.

Como curiosos recuerdos, existen en las oficinas de la Plaza de Toros de Madrid dos cabezas de toros que marcan dos fechas interesantes.

Una de aquéllas corresponde a Reolino, bicho de don Martín Martín, última res que salió por los chiqueros de la derribada Plaza de la carretera de Aragón.

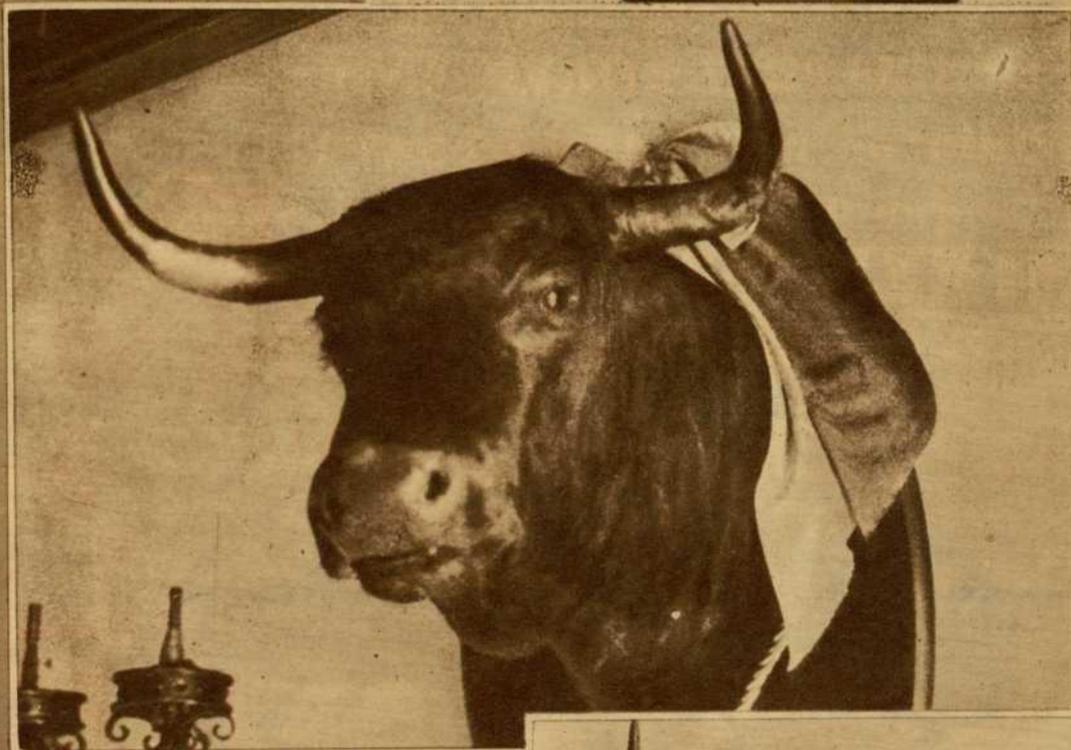
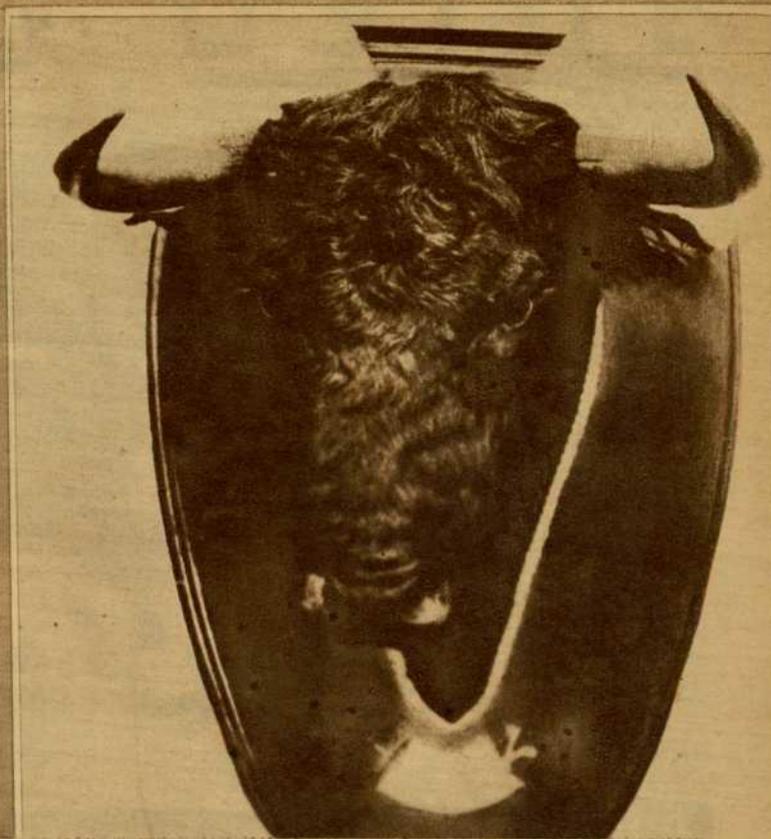
El tal Reolino, novillote negro, feo, cariavacado, cornivuelto, manso y peligrosillo, echó el cerrojo, el día 14 de octubre de 1934, al alegre y bonito circo que vino funcionando sin interrupción en los Madriles durante sesenta años justos.

Reolino estaba anunciado para ser rejeneado, con otro del mismo ganadero, en la primera parte del espectáculo por Antonio Cañero. Pero al resultar herido por el novillo que abrió plaza, quedó Reolino en los toriles. Y al terminar la lidia ordinaria, Marcial Lalanda, espada actuante en la corrida, solicitó y obtuvo el honor de estoquear la res encerrada, y que habría de ser la última que pisase las arenas del desaparecido coso de la Villa.

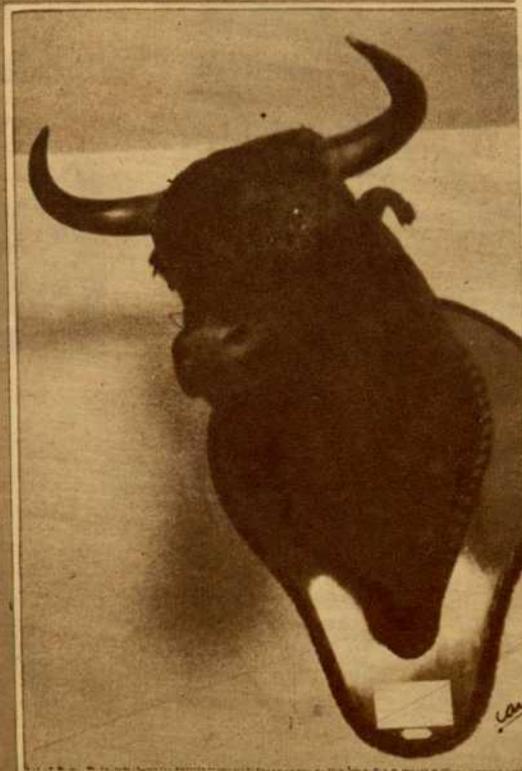
La otra cabeza es la del toro Cerrojito, de Carmen de Federico, negro, gordo, hondo, recogido de cuerna y bravo, aunque blando de pezuñas, primero que se lidió en la Plaza Monumental la tarde de su «inauguración oficial», 21 de octubre del referido año 1934. A Cerrojito lo lidió y mató soberbiamente el magnífico «Pasma de Triana», Juan Belmonte.

Bailaor, de la viuda de Ortega, lidiado el 16 de mayo de 1920, en la Plaza de Talavera de la Reina y que ocasionó la muerte de Joselito

Cabeza del toro Malagueño, de Aleas. Por la bravura del animalito se concedieron sus orejas— por vez primera y como cosa excepcional— al ganadero, que presenciaba la corrida. (Foto Cano).



Reolino, de Martín Martín, último toro lidiado en la Plaza de la Carretera de Aragón. Lo estoqueó Marcial Lalanda. (Foto Cano).



Cabeza del toro Cerrojito, de doña Carmen de Federico, primero que se lidió en la Plaza Monumental de Madrid, la tarde de su inauguración oficial. Fué toreado y matado admirablemente por Juan Belmonte (Foto Cano)

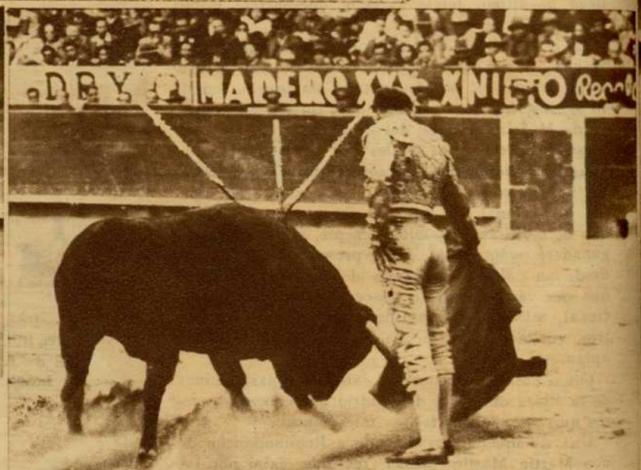
La undécima corrida de la temporada en MEJICO

La corrida del 12 de enero —undécima de la temporada— fué de ocho toros, y a pesar de ello no resultó aburrida. A que los espectadores se sintieran satisfechos contribuyó Domingo Ortega, que en su primero alcanzó un gran éxito y se ganó la oreja del de «La Punta».

DOMINGO ORTEGA, MANOLETE, SILVERIO PEREZ y FERMIN RIVERA lidiaron reses de LA PUNTA, que fueron manejables



Una y otra vez embarcó al de «La Punta» en la muleta con el temple y el ritmo que Ortega sabe

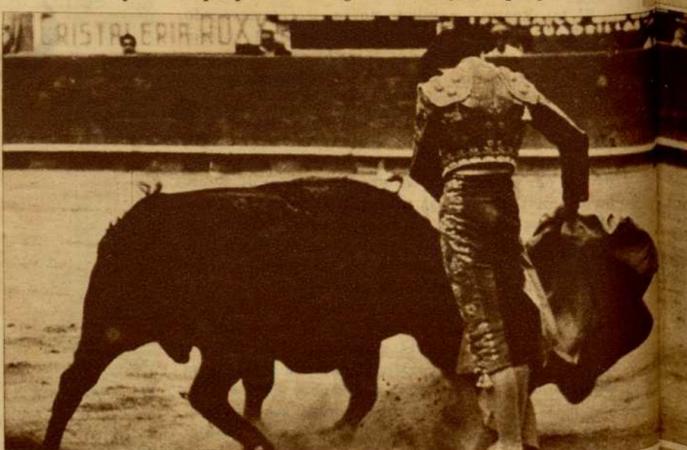


El toro pasa siempre por donde el gran torero quiere que pase



Gran parte de la faena fué por la cara; pero, según las informaciones de los periódicos mejicanos, toréó adecuadamente a las condiciones del toro

Manolete no tuvo su gran tarde; pero estuvo lleno de voluntad buscando las palmas incesantemente.



El de Borox se encontró con un toro un poco agotado. Pero Ortega se lo llevó a los medios, y allí le obligó a embestir



Aunque Manolete no cuajó la faena, dió muleta zos magníficos, largos y mandones

En este otro ha dejado llegar al de «La Punta», quieto y erguido, y se lo pasa con lentitud

ORTEGA se ganó la oreja del primer toro, y a FERMIN RIVERA le fué concedida la del que cerró plaza

La faena a su segundo la inició con un estuario. El de Córdoba provoca la arrancada con el gesto y con la voz



Un gran pase con la derecha del torero cordobés. Se lo debió brindar a una «porra» que se estuvo metiendo con él toda la tarde



Hubo unos derecha-zos «viendo al público», como se dice allá, o «mirando al tendido», como se dice aquí,



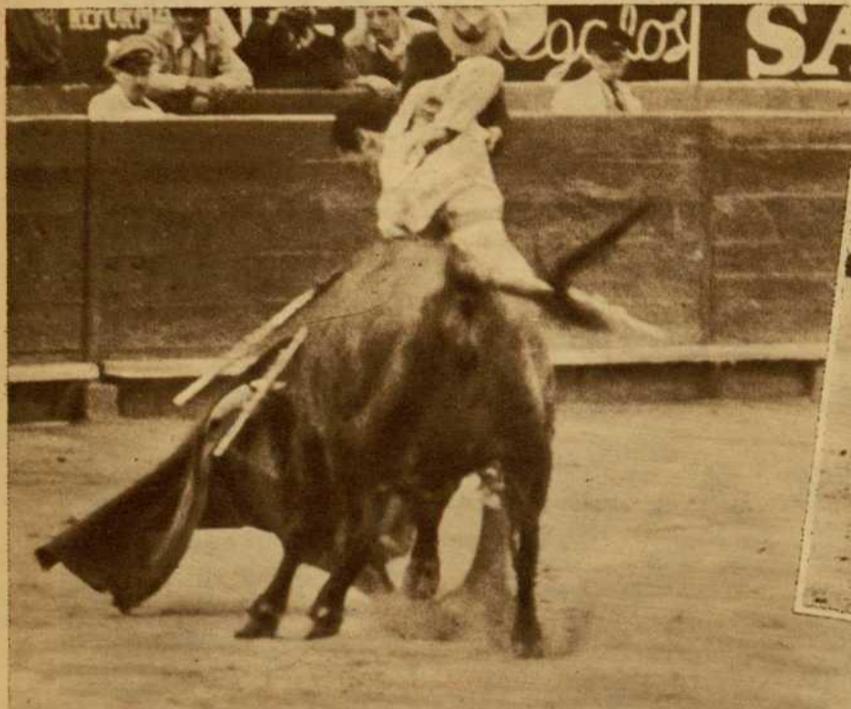
Tampoco Silverio Pérez tuvo una actuación destacada, pues su labor con la capa y la muleta quedó deslucida por su poco acierto al matar. No obstante, fué muy aplaudido al dar unas chicuelinas (Reportaje Agencia Cifra Gráfica).

Más información de la undécima corrida de Méjico



En su primer toro, Silverio estuvo francamente mal, porque el toro, con tendencias de manso, se refugió en la zona de las tablas y no supo hacerse con él. A su segundo —que se llamó Perlito— le dió, en cambio, con la derecha, buenos pases

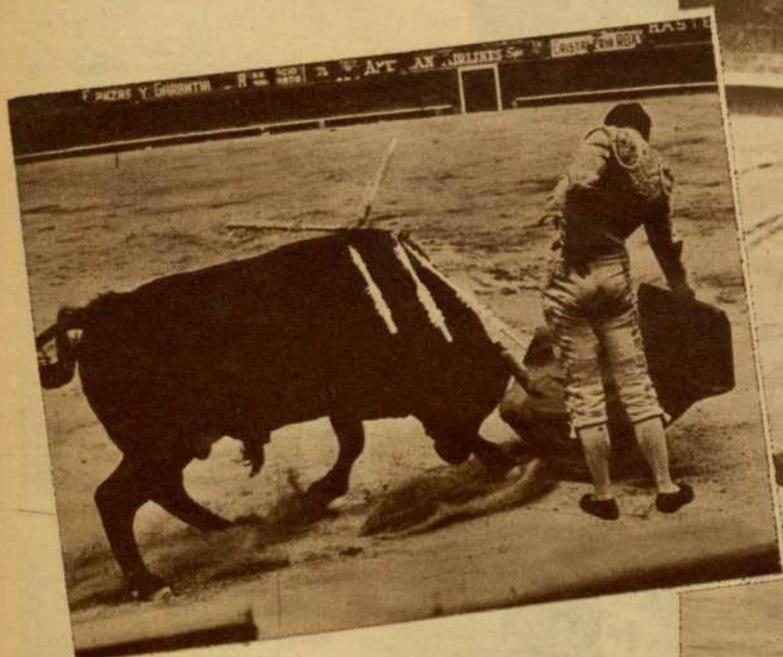
Otro muletazo ajustado de los que dió el texcano al de «La Punta»



En este pase aun se ciftó Silverio más, porque se cruzó demasiado con Perlito, y casi tuvo que hacerse un arco para dejarlo pasar

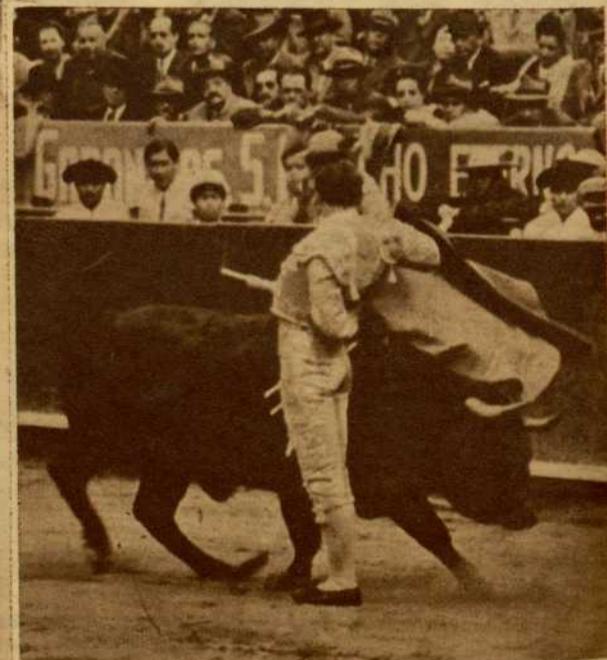


Fermin Rivera, que reaparecia después de su grave cogida, mató los toros segundo y octavo. Toreó a la verónica con temple y valentía



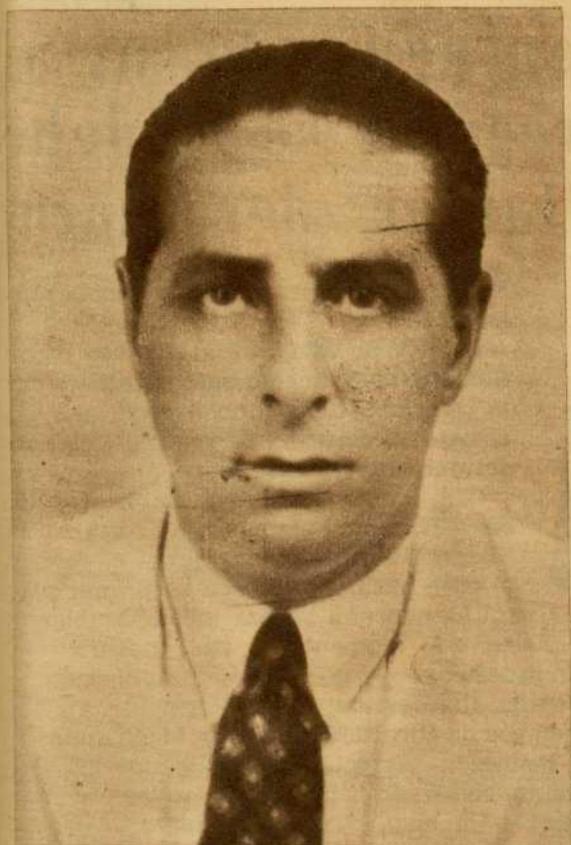
Con la muleta sobresalió en el toro que cerró Plaza. Casi toda la faena la hizo con la derecha, después de un intento infructuoso de hacerlo con la izquierda

Pero se lo dejó pasar muy cerca



Al final de la faena prodigó el adorno de la manoletina. (Reportaje Agencia Cifra Gráfica)

SANCHO DAVILA opina que es imprescindible que los críticos y presidentes de corridas tengan una sólida cultura taurina



ticipar en las faenas de tienta y realizar en la dehesa —sin pretensiones, pero con verdadero entusiasmo— lances que me gustaría dominar, es algo que está por encima de cualquier otra de mis aficiones.

—¿Le gustan más los toros en el campo que en la Plaza?

—Desde luego. El campo es el marco adecuado para el toro. En él resulta más primitivo, más natural, más viril... Es donde verdaderamente aprecio el sabor de la fiesta. No me gusta el brillo de los alamares en las Plazas ni el adorno con que se mixtifica en ellas el verdadero sentido del toro. Prefiero el traje de campo, el sombrero ancho y la sana perspectiva de la dehesa.

—¿Le gustaría ser torero?

—No tuve pretensiones de serlo. Pero muchas veces me he reprendido el enfrentarme con becerros y vacas... Y no vaya usted a creer por eso que presumo de hacerlo bien. Sería incapaz de torear en una Plaza o delante de público. Contra lo que algunos creen, soy muy tímido. Sólo la afición me inclina a hacerlo a campo abierto, a pie o a caballo, sin que por ello exista en mí el menor afán de exhibicionismo.

—¿Le gusta a usted el toro actual?

—Creo que el toro ha degenerado, y que esto se debe, en parte, a los gustos del público. Y que encontrar un buen torero es tan difícil como encontrar un barbero que no sea hablador.

—¿Y su torero preferido?

—El que pare, temple y mande. Ayer Chicuelo, y hoy Pepe Luis Vázquez, son los únicos que tienen mi perdón, por torear con los pies juntos.

—¿Cree usted que para la próxima temporada veremos toros grandes en los ruedos?

—No lo creo. El toro que se ha impuesto ahora es el pequeño. Ya he dicho que el toro ha degenerado, y que el público está conforme con eso y con que el toro sea pequeño —aunque muchos no lo quieran reconocer—, porque a los toros grandes no se les podría dar la misma lidia que se da a los actuales, y esto aburriría a mucha gente, habituada a las proezas —un poco circenses, si se quiere, pero de su pleno agrado— a que les han acostumbrado casi todos los lidiadores de ahora. Lo que sí veremos seguramente en la próxima temporada es novilladas con toros cincheños. Sobran en muchas ganaderías toros en el campo.

—¿Qué es lo que menos le gusta de las actuales corridas, y qué haría para remediarlo?

—Hay algo de gran importancia, y que, a mi entender, se tiene muy abandonado: la cultura taurina de muchos presidentes de corridas. Estos deben ser unos verdaderos entendidos en materia de toros; incluso haber toreado alguna vez, que es la única forma verdadera de saber apreciar las faenas en su justo valor. Resulta casi



absurdo que un jefe de Policía, o cualquier otra autoridad, presida una corrida y tenga que agachar la cabeza, avergonzado, cuando oye las palabras poco amables con que le obsequian los indignados espectadores que entienden más que él. No es eficaz tampoco la ayuda que le presta el asesor, porque éste, casi siempre, es un viejo torero pagado por la Empresa, y —sin que esto sea atacar su integridad moral— no se atreve, la mayor parte de las veces, a echar los toros al corral por no ponerse en contra de ella. El presidente de una corrida debe ser algo por el estilo a lo que es el árbitro en un partido de fútbol o de rugby. Y conste que yo no entiendo nada de fútbol ni de rugby. Pero sé cuál es el papel de un árbitro en estos casos. La misión del presidente es dirigir la lidia, y si lo hiciera con pleno conocimiento de ella, se ganaría el respeto del público y evitaría escándalos y protestas, con lo que opino saldría ganando la afición, que a este paso parece condenada a decaer. Otro asunto esencial para mantener la afición es la labor del crítico taurino. Tiene la obligación, no de limitarse a decir que le pareció mal o bien la labor del torero, sino detallar por qué y aclarar al público puntos que al aficionado superficial le pasan inadvertidos, y que es necesario conocer para su orientación perfecta.

—Entonces, ¿usted ve en peligro la afición a los toros?

—Sí, a no ser que se corrijan algunos detalles, que son los causantes de su decadencia. Creo que si se bajaran un poquito los precios de las localidades y se moderaran los impuestos, la gente llenaría las Plazas y renacería el entusiasmo por los toros. Así como considero excesivos los impuestos, creo justo que el torero bueno no acepte un contrato más que en buenas condiciones.

—¿Qué le parece la mujer en los toros?

—Es imprescindible su presencia en las corridas. No se concibe una Plaza sin mujeres. Aunque no sea más que para mirarlas cuando la corrida nos aburre...

—¿Y en el ruedo?

—Inconcebible. Ver torear a la mujer me hace el mismo efecto que si viera a un hombre vestido con ropas femeninas paseando por la calle.

Nuestra entrevista acaba, y nos despedimos de este gran aficionado que tanto sabe de toros.

Muchas gracias, Sancho Dávila, por sus respuestas.

PILAR YVARS

HABLAMOS con Sancho Dávila de toros, naturalmente, que es un tema que él domina a la perfección.

—Mi acento delata dónde he nacido, ¿no es eso? —nos dice—. Soy de Cádiz, y he pasado parte de mi vida en Jerez y en Sevilla. La ganadería de Villamarta, y otras famosas en tierra andaluza, han sido el excelente campo donde germinó mi afición.

—Que datará de su infancia, ¿no?

—Desde entonces soy aficionado a los toros, sin que pueda dar detalles exactos, porque hace mucho tiempo, de cuándo fué el instante preciso en que empezaron a gustarme los toros.

—Digamos que le gustan desde siempre.

—Sí. Y que andar entre ellos en el campo, par-

**Muy antiguo y muy moderno...
Un coñac de ayer para el gusto de hoy.**





CONAC
1850

VALDESPINO

JEREZ

;TAMBIEN CON LA DERECHA!

EL PASE NATURAL

Ni existe el pase en redondo, ni al regular se le debe llamar «derechazo»

Belmonte toreando al natural en su época de novillero. Después, Juan fué ajustándose más al toro, dando al pase mayor emoción



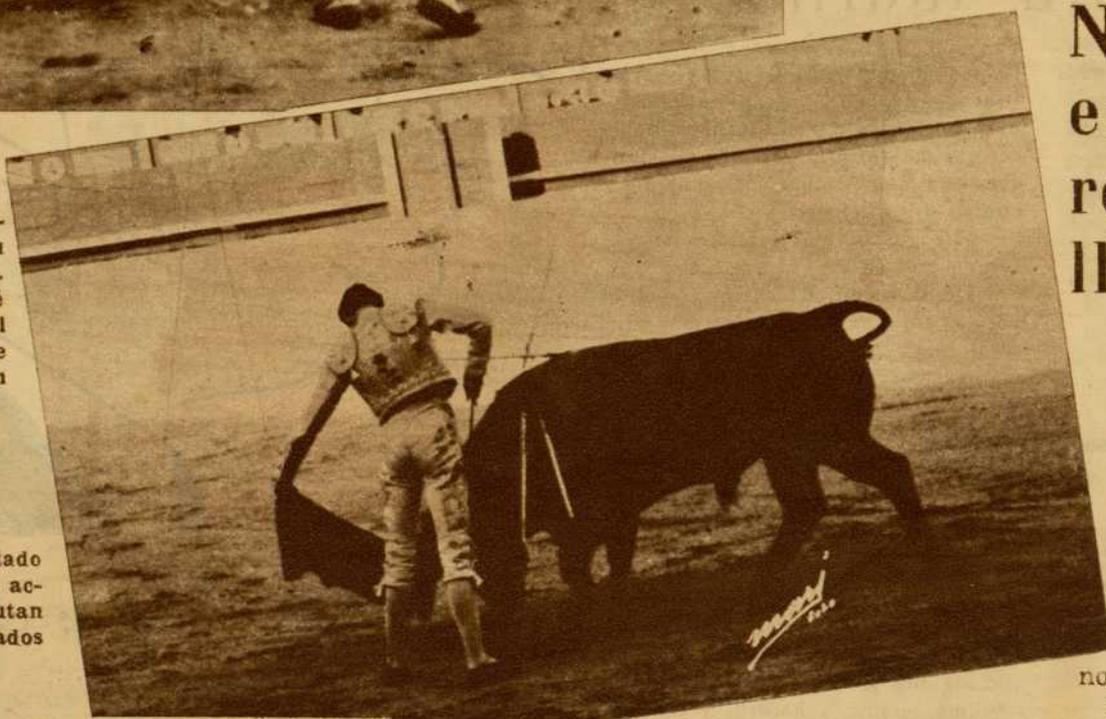
El natural, rematado por bajo, como actualmente lo ejecutan los más destacados toreros



Este es el pase natural, rematado por alto, que tanto prodigó Vicente Pastor y que tan pocos continuadores ha tenido



El pase con la izquierda pierde mérito al ser ayudado con la espada



YA han empezado a hacerse públicas algunas combinaciones de las primeras corridas de toros que han de celebrarse en la próxima temporada.

Dentro de poco, porque el tiempo corre velozmente, leeremos en los diarios las reseñas de aquellos festejos, y como todos los años, volveremos a asombrarnos al describir las faenas de los diestros con la absurda denominación de dos pases de muleta, desorientando de lamentable manera a los aficionados.

Refiérome al pase que, caprichosamente, llaman «derechazo», desvirtuando con ello su importancia, y a otro que ni existe ni existió jamás en el arte de lidiar reses bravas: el «redondo».

Hora es ya que salgamos al paso de tales errores, con el ruego, respetuoso, a cuantos escribiendo de toros y de toreros se obstinan en seguir hablándonos del «derechazo» y del «redondo», para que se abstengan en lo sucesivo de hacerlo.

Muy ilego tiene que ser en la materia quien ignore que los pases natural y de pecho son

los fundamentales del toreo con la muleta.

Inventada ésta por el famoso Pedro Romero, como medio defensivo para dar la estocada, dista mucho de lo que era el natural clásico y lo que se diferencia del que actualmente conocemos.

Con la presencia en los ruedos de Juan Belmonte empiezan a acortarse las distancias entre el lidiador y el toro, y el pase natural se coloca en primer plano, adquiriendo una belleza incomparable.

Hasta este momento el pase natural era una suerte, por lo poco que se practicaba, que pasaba inadvertida, particularmente en los tiempos de Ricardo Bombita y Machaquito.

Recuerdo perfectamente que un mano a mano, celebrado con Bombita y Vicente Pastor, en la vieja Plaza madrileña, la faena, realizada con pases naturales, ligados, por el diestro madrileño con un toro de Benjumea, causó en el público un verdadero asombro, como si se tratara de una nueva cosa al toreo aportada.

¡Estaban los aficionados tan poco acostumbrados a presenciar aquello!...

Con Belmonte, repetimos, el pase natural es desenterrado definitivamente; los espectadores celebran con entusiasmo su exhumación, y los lidiadores lo practican asiduamente, hasta llegar al actual perfeccionamiento, esto es, quieta la planta, pisando un terreno inverosímil, poniendo en el movimiento de la muleta un temple maravilloso y llevando la tela roja, baja, casi a ras de la tierra (1).

Se ha dicho con frecuencia, y no está de más repetirlo.

El pase natural, con la izquierda o con la derecha, rematado por alto o por bajo, es aquel en que se presenta al toro la muleta

en forma «natural» o «regular», esto es, por la parte anterior o anverso de la franela escarlata, mientras que para el de «pecho» se le ofrece por la posterior o reverso.

El diestro se colocará en la rectitud del toro, con la muleta en la mano izquierda o derecha, y completamente cuadrado el engaño hacia el terreno de afuera (2).



Si es claro o boyante, el cornúpeto acudirá por su terreno a la muleta, y cuando llegue a jurisdicción cargará el diestro la suerte y sacará la muleta por alto o por bajo, dando en este caso un cuarto de vuelta y quedando preparado para otro pase: el de pecho.

Es de gran mérito, si el toro acude por el mismo terreno, repetir una o dos veces el pase, y con tres o cuatro naturales dar una vuelta completa, lo que constituye «el toreo en redondo», cosa que los que ya somos viejos no veíamos con frecuencia en nuestros primeros años de aficionados, porque se consideraba de difícil ejecución lo que hoy ha pasado a ser una forma corriente de torear.

No existe, pues, estimados lectores, el llamado pase «en redondo».

En el Diccionario de Sánchez de Neira, génesis de todos los que después se han escrito, y que si bien es cierto, en la parte biográfica contiene bastantes errores, en la técnica se ve la mano de un gran aficionado, encontramos lo siguiente, que transcribimos sin quitar punto ni coma:

«Los pases que siendo regulares, son, como hemos dicho, a una mano —la diestra o la siniestra— y contaminados se llaman «en redondo»; pero entiéndase que no puede decirse «en redondo a un solo pase», porque éste sólo describe, cuando más medio círculo y ha de formarle entero con dos o más pases.»

Para dar «un redondo», como en algunas ocasiones hemos leído, sería preciso que el toro, empapado en la muleta, continuadamente, describie-

ra en torno del torero una circunferencia completa.

Explicado esto, a mi juicio, con una claridad meridiana, y negada por consiguiente la existencia de ese pase «en redondo», voy ahora a ocuparme de otra cuestión batallona: el pase natural, con la derecha, llamado «derechazo» por quienes creen que el citado pase sólo es exclusivo de la mano izquierda.

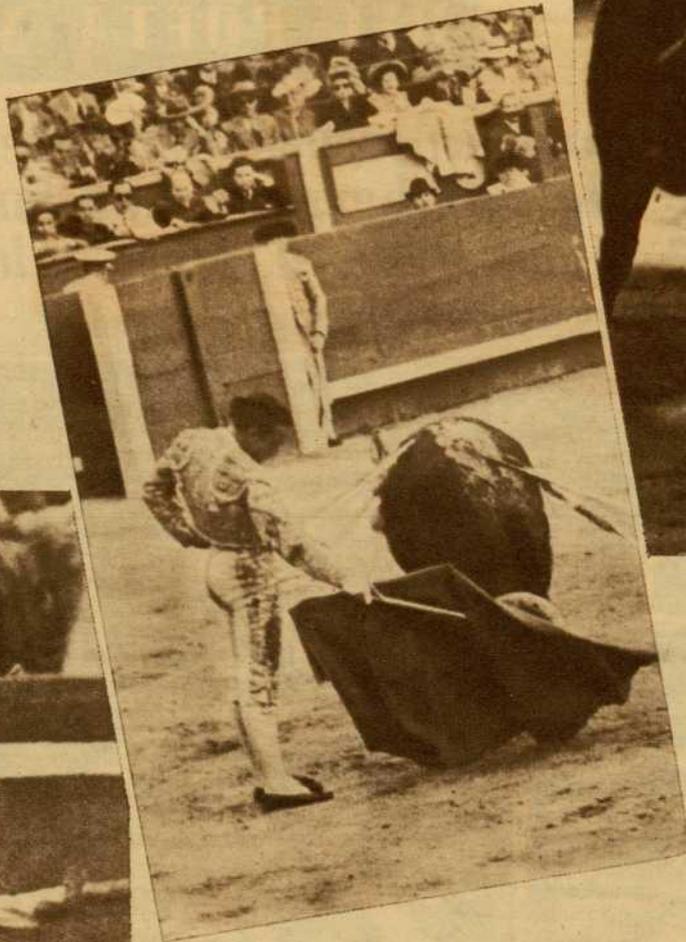
Ya he dicho anteriormente, al describir la ejecución del pase natural, que éste puede darse con la mano izquierda o con la derecha.

Francisco Montes, Paquiro, en su «Tauromaquia completa, o sea, el arte de torear en Plaza, tanto a pie como a caballo», en la página 156 de la primera edición, Madrid, imprenta de don José María Repullés, 1836, dijo, o hizo decir, que el pase «regular» puede darse con la derecha,

reño y el toro en el suyo, describiendo la res el cuarto de círculo referido, siendo más expuestos y emocionantes —cuando los naturales, ligados, constituyen el toreo en redondo— los ejecutados en segundo, cuarto y hasta sexto lugar, porque en tales momentos el torero pisa el terreno del toro y éste el del lidiador.

Al natural con la derecha no puede lla-

El mal llamado «derechazo», de Villalta. Con menos estética, pero natural, con la derecha



¡Ahí tenemos al pase natural, ejecutado con la derecha!

no siendo tan airoso como el ejecutado con la izquierda.

No voy a reproducir literalmente, para que este trabajo no resulte pesado, el texto de cuanto afirmó Paquiro; pero plumas tan autorizadas como la del maestro Dulzuras, entre los que ya abandonaron este mundo, y como la del prestigioso Don Ventura, entre los que viven, estuvieron y están de acuerdo en cuanto ahora afirmamos.

En realidad, el pase natural con la diestra tiene menos mérito, porque el lidiador, al emplear en su ejecución con la misma mano el estoque, da con éste a los vuelos de la muleta mayor amplitud, por la misma razón que el realizado con la izquierda pierde igualmente mérito si el diestro la instrumenta ayudándole con la espada.

En uno y otro caso, el matador, al iniciar el natural, se halla colocado en su te-



El que tiene más exposición de los pases naturales, por hallarse el torero en el terreno del toro

mársele ayudado, porque este pase se practica teniendo la flámula en una mano y el estoque en la otra, como no deja de ser natural el de la izquierda, porque el diestro emplee en su realización la espada.

Quedamos, pues, en que no existe un solo pase que se llame redondo, y que eso del «derechazo» no tiene razón de ser si con ello se pretende negar el pase natural con la mano de «cobrar», como en el argot taurómico de tiempos atrás se acostumbraba a decir por revisteros y aficionados.

Conclusión. No he pretendido sentar cátedra en el sentido técnico, y sí, modestamente, ilustrar a ciertos aficionados con estas sencillas explicaciones, para que, orientados, no se dejen sorprender en lo sucesivo con equívocos de la naturaleza a que he hecho referencia.

DON JUSTO

(1) Tosear llevando la muleta baja, aunque los toreros que hemos conocido con anterioridad a los actuales no lo hacían, no es precisamente cosa de estos tiempos. En el Diccionario de Sánchez de Neira, publicado en 1879, hallamos, como comentario, las siguientes líneas: «Hablando del modo de torear, un aficionado del siglo pasado decía: «El timón de esta nave es la muleta, en que Pedro Romero es inimitable, ya llevándola horizontalmente, al compás del impulso del toro, ya llevándola rastrea, como barriándole el piso donde ha de caer, o que ha de besar, mal de su grado; aquella muleta, que siempre huye y nunca se aleja de los ojos de la fiera, que a veces la obedece como un caballo al freno.»

(2) El terreno del toro lo es siempre, el de afuera, o sea, el que hay desde donde esté colocado hasta los medios de la Plaza; el del torero, por el contrario, es el que media desde donde se halla la res hasta la barrera.

RECORRÍAMOS las espaciosas salas del palacio donde se hallan instaladas las dependencias de la Biblioteca y Museo Municipal madrileños, y don Manuel nos iba explicando minuciosamente todos y cada uno de los detalles interesantes de las mismas.

Don Manuel amaba todos aquellos rincones entrañablemente, y su vasta erudición y profundos conocimientos de la historia de Madrid, de su arte, de su vena anecdótica y de su entraña popular quedaban patentes en sus donas y aleccionadoras explicaciones, matizadas y como embellecidas siempre de un grato rezumar de gracia y de poesía.

Escuchándole, era como si se leyese en un libro cuyas páginas guardasen un delicado sahu-



Manuel Machado

merio de viejas leyendas y adorables evocaciones románticas. Lo que él mismo había vivido y lo que había soñado tenían una expresión encantadora en sus relatos y en los recuerdos diseminados en todas aquellas estancias donde parecía alentar el alma del pasado...

Porque, ante todo, don Manuel Machado, el finísimo y extraordinario poeta, cuya Musa tenía quejumbres y donaires de Sevilla, desgarros de la gracia madrileña y sutiles elegancias de París, era un conversador tan ameno como irresistible, capaz de entretener horas enteras, sin la más leve muestra de cansancio, al que tenía la suerte de escucharle.

Don Manuel, mientras permanecemos en el Museo, procuró dar a su charla giros y matices del más diverso tono. Nos hizo volver a su despacho particular, una vez cumplida nuestra misión, y con aquella cordialidad y campechanía tan españolas, que eran una de sus más relevantes y practicadas virtudes, nos arimó amablemente a «cambiar de conversación».

Y hablamos de otras cosas: de arte, de libros, de poesía, fuera ya del recinto del Museo, y en un tono más amplio y universal, y también de particularidades y circunstancias que afectaban y se dirigían directamente a los gustos y preferencias personales del poeta.

—¿Le gusta a usted los toros, don Manuel? —le pregunté de pronto.

—Me gustan, y he asistido mucho a las corri-

das—contestó con una ancha sonrisa de agrado.

—¿Y ahora no asiste usted?

—Aunque quisiera —y hay muchas ocasiones en que quiero— tendría que privarme de ese gusto. Me lo impide éste.

Y el gran poeta y gran aficionado se llevaba la mano al corazón, aludiendo a su padecimiento cardíaco, que le hacía rehusar todas las emociones fuertes.

Pero mi afición —continuó don Manuel— ha tenido una expresión sincera —y admirativa— en mi producción poética.

—¿Cómo define usted la Fiesta Nacional?

—Lo más hermoso de ella son las mujeres; lo más discutible, el torero, y lo mejor, el toro...

Don Manuel hablaba de toros y de toreros con un conocimiento exacto, demostrando fácilmente que conocía bien la materia. Desmenuzó deliciosamente el tema racial de Sevilla y de España, buscando el origen de ese sentimiento de bravura y de guapeza que caracteriza a los lidia-

nea naturalidad el cante «jondo» y la imprecación dolorosa...

—¿De cuándo data su afición por los toros, don Manuel?—volví a preguntarle.

—De mis tiempos de muchacho —evocó nostálgicamente—. No importa que nosotros, los estudiantes, los «chumbitos», constituyéramos un grupo aparte, abstraídos y como fuera de la realidad del tiempo, dedicados a contar las musarañas. En cuanto se hablaba de toros, desaparecían las diferencias y las distancias, y aquellos mismos que fingían despreciarnos —como nosotros a ellos, en uso de una justa reciprocidad— porque no «atoreábamos», se unían a nosotros en el entusiasmo y en la simpatía por las cosas de toros.

Ibamos juntos a las corridas —agregó el ilustre poeta—, y juntos disceríamos los éxitos y los fracasos de los toreros de nuestra época. Se daba el caso de que entre nosotros —los que «sabíamos de letra»— había aficionados mucho más

DEL POETA MUERTO

Manolo Machado decía que de la fiesta de toros, "lo más hermoso son las mujeres; lo más discutible, el torero, y lo mejor, el toro"



Hace ya algunos años, Manolo Machado explicaba al periodista el funcionamiento de la Biblioteca Municipal

dores de toros, sobre todo a los que se entregaban a la viril y arriesgada profesión de matadores antes de que se contagiara entre ellos la epidemia del «señoritismo».

—No cabe duda —afirmaba— que el alma de Andalucía es triste y que gravita sobre ella el fatalismo de una herencia ancestral. El torero andaluz es una consecuencia de ese ambiente soleado y ardiente, en que germinan con espontá-

inteligentes que entre ellos, los que aparentaban entender de cuernos. ¡Pero como nosotros no «atoreábamos» y ellos sí...!

Don Manuel disertaba sobre todos estos recuerdos como si recitara un bello romance. Su lenguaje era lírico y florido, y la emoción ponía, a veces, trémolos apenas contenidos en su voz.

—Han pasado ya muchos años —decía—, y lo único hermoso ahora es recordar...

—¿Influyó tal vez en usted, como poeta, la alegría popular y el rito sangriento que caracterizan a la fiesta española?

—Influyó poderosamente, como todo lo que araña nuestra sensibilidad adolescente y deja huella en nosotros. Mis primeros versos estaban dedicados con obsesión reiterativa a la lidia del toro. Pero los rompía después de escribirlos, por no quedar nunca enteramente satisfecho de ellos. Después, han sido con frecuencia el tema de mi inspiración.

Como don Manuel no mostraba el menor deseo de dar fin a la conversación —de la que sólo aprovechamos en este comentario el tema adecuado—, sin duda abusando un poco de su extrema condescendencia, insistimos en preguntarle:

—¿Por qué dice usted que lo mejor de la fiesta es el toro?

—Merecía ser superior al hombre, sólo por hacerle éste pagar su hermosa y ciega confianza con la muerte...

Nos despedimos de don Manuel. De una sola entrevista habían salido media docena de temas periodísticos a cual más interesantes. Realizado

De las cuales, acaso las más sentidas y las más bellamente expresadas, son éstas que hoy se publican como un homenaje de dolor y un tributo fervoroso y emocionado...

POR ESPAÑA Y AMERICA

Los herederos del señor Pagés serán los empresarios de la Plaza de Toros de San Sebastián.--Una conferencia de Giralddillo en el Club Taurino Madrileño.--La mejor faena que ha hecho Manolete en Méjico ha sido la que cuajó el domingo en la Plaza de Puebla.--Conchita Cintrón cortó cinco orejas en Bogotá en la corrida de su despedida

LA Audiencia Territorial de Pamplona ha dictado sentencia en la apelación de un interdicto promovido por el Juzgado de Instrucción de San Sebastián, con motivo del arrendamiento de la Plaza de Toros de la última capital. Durante veinte años, don Eduardo Pagés tuvo en arrendamiento dicha Plaza. A mediados de 1945 el señor Pagés firmó con la sociedad propietaria del inmueble un nuevo contrato, en virtud del cual se comprometía a pagar un canon fijo y un 12 por 100 de los beneficios que obtuviera. Se establecía que el señor Pagés organizaría personalmente las corridas. Dos meses después falleció el señor Pagés, y sus albaceas testamentarios dieron las corridas de aquel año. Finalizada la temporada de 1945, la sociedad propietaria declaró por sí extinguido el contrato, basándose en que, muerto, el señor Pagés, no podía "personalmente" organizar las corridas, y estimando que era un negocio de cuentas en participación y no un arrendamiento lo acordado. Reclamaron los albaceas del señor Pagés; pero la sociedad propietaria arrendó la Plaza al señor Martínez Elizondo. Promovieron los albacea del señor Pagés un interdicto, que el Juzgado de San Sebastián desestimó, y el señor Martínez Elizondo dió las corridas en la pasada temporada. Pasó el interdicto a la Audiencia Territorial de Pamplona, que ha dictado sentencia, por la que absuelve al señor Martínez Elizondo, declarándole tercer poseedor de buena fe, y condena a la sociedad propietaria de la Plaza de Toros a reponer en la posesión de la Plaza a los herederos del señor Pagés y al pago de las costas causadas en el interdicto, así como a indemnizar los perjuicios causados a los herederos.

— Pedro Robredo continúa por tierras de Salamanca. Ultimamente tomó parte en los tentaderos de las ganaderías de don Francisco Garzón y don Manuel Arranz. Antes de tomar la alternativa toreará dos novilladas en Bilbao; dos, en Madrid; dos, en Barcelona; una, en San Sebastián, y otra, en Zaragoza. Además, está en tratos para torear la novillada de feria en Sevilla.

— El pasado sábado, en los locales del Club Taurino Madrileño, pronunció una conferen-

cia, en la que desarrolló el tema "Madrid-Barcelona. Dos etapas del toreo", el popular crítico taurino de "A B C" don Manuel Sánchez del Arco, Giralddillo. Hizo la presentación del conferenciante el vicepresidente de la entidad, don José Bellver Cano, que ensalzó la personalidad de Giralddillo como escritor, aficionado y cronista taurino. El conferenciante calificó el toreo más como hecho social que como actividad artística. Comentó las dificultades que siempre pusieron los toreros para actuar en Madrid, ya que en la capital de España se someten a un juicio severo. Dijo que el torero que no actúa en Madrid adquiere resabios que le perjudican. Aseguró y demostró con datos que en la actualidad la Meca del toreo está en Barcelona, y dijo que Madrid ha sido, es y debe ser el punto de referencia para el toreo. Sánchez del Arco fué ovacionado con entusiasmo.

— En Puebla (Méjico) se ha celebrado una corrida de toros, en la que Lorenzo Garza y Manolete han lidiado seis toros de Xajay. Alvaro Domecq rejoneó y lidió otro toro de la misma ganadería. Domecq hizo gala de sus conocimientos y de su arte, tanto a caballo como a pie. Fué ovacionado. A su primero lo lanceó Garza bien, y fué aplaudido. Hizo una faena más efectista que artística, y lo mató de una estocada. Salió al tercio. A su segundo le dió algunos rechazos y naturales buenos. No logró hacer faena ligada, pero mató bien y cortó la oreja. En el tercero no hizo nada notable, ni con el capote ni con la muleta, y mató mal. Oyó pitos. Manolete lidió bien a su primero, que era regular, y oyó aplausos. A su segundo lo lanceó muy bien y oyó aplausos. A su segundo, que llegó aplomado a la muleta, le dió varios naturales y rechazos muy buenos, y lo mató bien. Cortó la oreja. Al último de la corrida le dió cuatro verónicas colosales. Con la muleta citó al natural y dió una serie perfecta, que fué coreada por las ovaciones del público. Dió después, en tres series, quince rechazos monumentales. Continuó toreando por manoletinias, siguió adornándose muy valiente y toreó y mató de una superior estocada. Le fueron concedidas las dos orejas y el rabo. Se afirma que la faena que hizo Manolete en este toro ha sido la mejor de las realizadas por el cordobés en Méjico. Los toros, muy bien presentados, dieron un promedio, en canal, de 250 kilos. De los de lidia ordinaria, cuatro fueron muy bravos y dos regulares. El que mató Domecq, bueno.

— En Bogotá se celebró la corrida de despedida de Conchita Cintrón. De los cuatro toros de Vista Hermosa, uno fué de bandera, y los tres restantes, muy bravos. A los dos primeros los rejoneó brillantemente y les puso banderillas a caballo de manera espec-

Eduardo Pagés



Martínez Elizondo



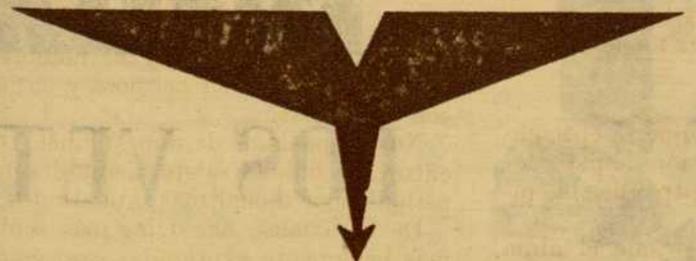
Giralddillo



Manolete

taular. Los mató con rejones. La actuación de Conchita en el segundo entusiasmó a los espectadores. Al tercero y cuarto, que fueron picados, los toreó pie a tierra magníficamente. Toreó muy bien a la verónica, y en ambos hizo quites muy bellos. Con la muleta toreó por naturales, rechazos, molinetes, manoletinias, ayudados por alto y por bajo, con mucho garbo y gracia. Cada toro cayó a la primera estocada. Le fueron concedidas las dos orejas del segundo y una en el primero, otra en el tercero y otra en el cuarto. Fué sacada en hombros.

ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!



Cayetano Leal, Pepe-Hillo, cuando tomó la alternativa en 1897

cálidos entusiasmos; mas si el torero de Alcalá del Río pasó a la Historia por sus guapezas, cantadas con reiteración casi enfadosa por la masa popular, a Bonarillo le faltó aliento para emular a su compañero tan pronto como se hizo matador de toros y dejó escasas y no profundas huellas de su paso por los ruedos.

Antes de aquellas dos ruidosas novilladas en Madrid, tiene en su historia la cornada en Aranjuez, vestido de paisano, el 30 de mayo del repetido año 1891, cuando, hallándose de espectador, bajó al ruedo, y a petición suya, le cedió Lagartijo un toro de Veragua, y después de ellas, la alternativa.

Tres años luego de doctorarse, en 1894, escribió de él don Manuel Serrano García-Vao, Dulzuras, esta semblanza, correspondiente a una colección titulada «Los generales de coleta», que publicó «El Enano»:

*Veintitrés años de edad
cuenta este sevillanito,
que ya tiene un puestecito
de cierta notoriedad.
Trastea con sobriedad;
su capa es de lo mejor;
ha hecho ver que es superior
con faenas concienzudas
y estocadas pistonudas
dadas con mucho valor.*

Lo malo fué que tales estocadas «de

pistón», en una época en que las mismas eran algo sustantivo para medrar, no las prodigó Bonarillo, y si en los años 1892 y 1893 tomó parte en 32 y 36 corridas, respectivamente, debióse al impulso adquirido cuando era novillero.

«Su flaqueza y desigualdad estuvieron, por regla general, en la hora de matar.» Esto escriben de él los mencionados Dulzuras y Recortes en su antedicha obra «Las estrellas del toreo» (1912), cuyos autores agregan: «Así empezó y así siguió, no encontrando el general aplauso a que aspiraba todas las tardes, aun reconociendo todos los aficionados que era un buen torero, al que le rebosaba el buen arte por los poros.»

El buen concepto de que disfrutaba —no obstante los escasos laureles que obtenía— hizo que en 1897 le incluyera don Bartolomé Muñoz, empresario de Madrid, en el cartel del abono por última vez, junto a los nombres de Mazzantini, Guerrita, Reverte, Fuentes y Emilio Torres, Bombita, o sea, en la última temporada que dicho «Bartolo» rigió el circo taurino de la capital de España; pero no consiguió Bonal (y no Bonar, como aparece escrito en muchas partes) hacer cesto alguno con aquellos mimbres, y su nombre fué perdiendo resonancia a medida que dejaba de inspirar el relativo interés que llegó a producir en los albores de su carrera taurómaca.

Siempre hemos supuesto que todos los toreros se sienten vinculados a un vital sentimiento de aspiraciones y esperanzas, y cuando el «enemigo» entra de rondón a destruirlo, debe de producir un efecto desastroso en el ánimo de quienes, como Bonarillo, poseen innegables aptitudes para remontarse a más alto puesto que el que ocuparon.

Hizo frecuentes ausencias de España con motivo de sus viajes a América; sus actividades en aquel Continente, sobre todo en Lima, se prolongaron, y allí, en la capital del Perú, donde reside, hubo de refugiarse definitivamente, después de convencerse, en 1913, de que un hijo suyo, llamado como él, no daba en España los frutos toreros que parecía prometer al empezar.

Este Francisco Bonal y Casado, Bonarillo, es el decano de los ex matadores de toros en la actualidad; pertenece a una generación en la que aun se daba el tipo del torero duro y guapo dentro y fuera de la Plaza; aseguraban cuantos le conocían que era de los que iban adonde hubiera que ir, sin pensar nunca en el peligro que pudiera correr cuando de lances con los hombres se trataba, y a este propósito se refiere de él una anécdota que no podemos resistir la tentación de contar, confiando en que los lectores sabrán perdonarnos esta digresión:

Dos cocheros de un punto de carruajes en Sevilla comenzaron a reñir un día por cuestiones del oficio, por haber quitado uno a otro un servicio o por algo insignificante, que realmente no merecía la pena de que dos hombres trataran de dirimir con las armas. Después de dirigirse los más groseros insultos, sin olvidar de hacer alusión a las familias respec-



Francisco Bonal, Bonarillo, en sus buenos tiempos

AUNQUE Emilio Torres, Bombita, y José García, Algabeno, —fallecidos recientemente—, no eran los más antiguos de los ex matadores de toros, al desaparecer ambos no podemos sustraernos a la curiosidad de hacer un recuento de aquellos compañeros suyos que, habiendo tomado la alternativa en el siglo pasado, mantienen su existencia enlazada al momento actual con una veteranía que debe de constituir para cada uno de los mismos todo un mundo de recuerdos.

¿Cuántos quedan? Solamente tres: Francisco Bonal, Bonarillo; Cayetano Leal, Pepe-Hillo, y Rafael González, Machaquito.

El más anciano de ellos es el segundo. Si, como dice «La Tauromaquia», de Guerrita y Cossío, nació el 7 de agosto de 1865, cuenta ochenta y un años de edad; mas si no vino al mundo hasta igual día del año 1867 —según afirman Dulzuras y Recortes en su obra «Las estrellas del toreo»—, no suma más de setenta y nueve.

Pero el más antiguo en el escalafón es Francisco Bonal y Casado, Bonarillo, nacido en Sevilla el 2 de abril de 1871 y doctorado por Mazzantini en Madrid con fecha 27 de agosto de 1891, y este decanato nos mueve a dedicar al viejo torero expatriado un recuerdo.

Desde la buena época de Bonarillo ha transcurrido más de media centuria. ¡Cuántas cosas, cuántos conceptos, cuántas ideas —y cuántos prejuicios también— han envejecido en este tiempo, como si sobre ellos hubiera pasado toda una edad histórica!

Surgió y obtuvo nombradía Bonarillo paralelamente con Reverte —con paralelismo de cronología, ya que no de magnitud y eficacia, y menos de popularidad—; novilleros ambos, torearon juntos en Madrid el 26 de julio y el 13 de agosto de dicho año 1891 —solamente en estas dos ocasiones, y no en muchas, como dicen algunas historias—, y en ambas tardes produjeron

VIEJAS REM

LOS VETERA
VAN Y LOS

tivas, echaron mano a las navajas y se dispusieron a acometerse furiosamente, pero no sin que algunas mujeres de la vecindad, horriblemente impresionadas por el espectáculo que ofrecían dos hombres dispuestos a matarse, comenzaron a gritar:

—¡Socorro! ¡Guardias! ¡Que se matan!

Escuchó Bonarillo aquellas voces al pasar cerca del lugar de la riña; aceleró el paso, con el deseo de intervenir para evitarla, y lo primero que hizo al llegar fué dar un empujón a cada uno de los contendientes, separarlos, reconvenirlos y atear su conducta, diciéndoles que dos hombres trabajadores como ellos no debían matarse, por muy grave que fuera la cuestión que tuvieran pendiente.

De pronto, quedaron ambos como estupefactos; pero, repuestos de la impresión, y como si se pusieran de acuerdo, trataron de acometer con los aceros al pacificador, de lo que, advertido éste, y provisto como iba de un fuerte bastón, lo enarboló con mucho brío, y tirando a la cabeza de cada uno de los automedontes, comenzó a repartir palos a diestro y siniestro, hasta que puso en fuga a los dos contendientes, los cuales hubieron de ir a curarse los golpes a una Casa de Socorro.

Paco Bonal se marchó tranquilo, luego de escuchar alabanzas por su conducta de cuantas personas acudieron al ruido de la trapatiesta, y cuando en los días sucesivos pasó por allí, jamás se atrevieron los cocheros a decirle una palabra, sin duda porque le veían siempre con el bastón en la mano.

Repetimos que fué Bonarillo un buen torero; mas no supo guardarse del intruso que penetra cautelosamente, furtivamente, en nuestro ánimo para hacer que seamos una negación de nosotros mismos en el orden de nuestras actividades, cosa que tal vez no ocurriese si tuviéramos en cuenta que el poder, la fuerza, la voluntad y otros resortes dinámicos que un día nos prestan aliento no son fines en sí mismos, sino sólo condiciones y garantías de más altas cosas, las cuales mal pueden lograrse cuando dejamos que dicho «enemigo» se deslice en nuestras almas.

Siempre que esto ocurre es porque otras fuerzas se oponen a la propia y reducen las posibilidades del luchador. Una con la que tropezó Bonarillo fué el mencionado Reverte, y las otras, Emilio, Bombita, y El Algabeño, doctorados estos dos últimos en 1893 y 1895, respectivamente. Si Bombita luchó denodadamente en los primeros años que actuó como matador de toros para no quedar oscurecido por Mazzantini —fuerza todavía potencia—, el coloso Guerrita y el popularísimo Reverte, el Algabeño logró con sus estocadas escalar pronto un codiciado lugar, en tanto que Antonio Fuentes surtaba muchos adeptos por su toreo clásico y elegante, y, francamente, ante tantos obstáculos, debió de sentir Bonarillo desmavada su voluntad.

Aparte esto, algo debieron de influir para su desmayo la cornada que sufrió en Santander, el 26 de julio de 1895, del toro Grandero, de Udaeta, y la que le produjo el llamado Pañuelero, de la viuda de Ló-

pez Navarro, en Madrid, el 11 de octubre de 1896.

Y puesto que, aunque circunstancialmente, nos hemos ocupado de Emilio, Bombita, y el Algabeño, no terminaremos este trabajo sin hacer una rectificación.

¿Hablábamos en uno de nuestros anteriores de los errores que se publican? Pues he aquí que al fallecer el primero de los citados diestros dijo una Agencia informativa que ambos formaron en su tiempo una pareja famosa, como si uno y otro hubiesen actuado juntos repetidas veces mano a mano, a la manera de tantos que lo hicieron en el curso de la historia taurómaca desde que las corridas de toros existen. Error crasísimo. Bombita y el Algabeño jamás formaron pareja; y es más: sobran dedos de una mano para contar las ocasiones en que torearon haciendo dúo.

Bien dijo Cervantes, al atribuir a Urganda la Desconocida aquellos versos estampados a la cabeza del «Quijote»:

*Que el que saca a luz pape-
para entretener donce-
escribe a tontas y a lo.*

Y donde quiere decir «doncellas entretenedas», pongamos aficionados ingenuos, que se tragan cuanto quieren escribir los despistados.

DON VENTURA



José García, Algabeño, al tomar la alternativa en el año 1895



Emilio Torres, Bombita, cuando tomó la alternativa en el año 1893



Rafael González Machaquito

MEMORIAS

**NOS QUE SE
QUE QUEDAN**



Cayetano Leal, Pepe-Hillo, cuando tomó la alternativa en 1897

cálidos entusiasmos; mas si el trero de Alcalá del Río pasó a la Historia por sus guapezas, cantadas con reiteración casi enfadosa por la musa popular, a Bonarillo le faltó aliento para emular a su compañero tan pronto como se hizo matador de toros y dejó escasas y no profundas huellas de su paso por los ruedos.

Antes de aquellas dos ruidosas novilladas en Madrid, tiene en su historia la cornada en Aranjuez, vestido de paisano, el 30 de mayo del repetido año 1891, cuando, hallándose de espectador, bajó al ruedo, y a petición suya, le cedió Lagartijo un toro de Veragua, y después de ellas, la alternativa.

Tres años luego de doctorarse, en 1894, escribió de él don Manuel Serrano García-Vao, Dulzuras, esta semblanza, correspondiente a una colección titulada «Los generales de coletan», que publicó «El Enano»:

*Veintitrés años de edad
cuenta este sevillano,
que ya tiene un puestecito
de cierta notoriedad.
Trastea con sobriedad;
su capa es de lo mejor;
ha hecho ver que es superior
con faenas concienzudas
y estocadas pistonudas
dadas con mucho valor.*

Lo malo fué que tales estocadas de



Francisco Bonal, Bonarillo, en sus buenos tiempos

pistón», en una época en que las mismas eran algo sustantivo para medrar, no las prodigó Bonarillo, y si en los años 1892 y 1893 tomó parte en 32 y 36 corridas, respectivamente, debió al impulso adquirido cuando era novillero.

«Su flaqueza y desigualdad estuvieron, por regla general, en la hora de matar.» Esto escriben de él los mencionados Dulzuras y Recortes en su antedicha obra «Las estrellas del toreo» (1912), cuyos autores agregan: «Así empezó y así siguió, no encontrando el general aplauso a que aspiraba todas las tardes, aun reconociendo todos los aficionados que era un buen torero, al que le rebosaba el buen arte por los poros.»

El buen concepto de que disfrutaba —no obstante los escasos laureles que obtenía— hizo que en 1897 le incluyera don Bartolomé Muñoz, empresario de Madrid, en el cartel del abono por última vez, junto a los nombres de Mazzantini, Guerrita, Reverte, Fuentes y Emilio Torres, Bombita, o sea, en la última temporada que dicho «Bartolo» rigió el circo taurino de la capital de España; pero no consiguió Bonal (y no Bonar, como aparece escrito en muchas partes) hacer cesto alguno con aquellos mimbres, y su nombre fué perdiendo resonancia a medida que dejaba de inspirar el relativo interés que llegó a producir en los albores de su carrera taurómaca.

Siempre hemos supuesto que todos los toreros se sienten vinculados a un vital sentimiento de aspiraciones y esperanzas, y cuando el «enemigo» entra de rondón a destruirlo, debe de producir un efecto desastroso en el ánimo de quienes, como Bonarillo, poseen innegables aptitudes para remontarse a más alto puesto que el que ocuparon.

Hizo frecuentes ausencias de España con motivo de sus viajes a América; sus actividades en aquel Continente, sobre todo en Lima, se prolongaron, y allí, en la capital del Perú, donde reside, hubo de refugiarse definitivamente, después de vencerse, en 1913, de que un hijo suyo, llamado como él, no daba en España los frutos toreros que parecía prometer al empezar.

Este Francisco Bonal y Casado, Bonarillo, es el decano de los ex matadores de toros en la actualidad; pertenece a una generación en la que aun se daba el tipo del torero duro y guapo dentro y fuera de la Plaza; aseguraban cuantos le conocían que era de los que iban adonde hubiera que ir, sin pensar nunca en el peligro que pudiera correr cuando de lances con los hombres se trataba, y a este propósito se refiere de él una anécdota que no podemos resistir la tentación de contar, confiando en que los lectores sabrán perdonarnos esta digresión:

Dos cocheros de un punto de carruajes en Sevilla comenzaron a reñir un día por cuestiones del oficio, por haber quitado uno a otro un servicio o por algo insignificante, que realmente no merecía la pena de que dos hombres trataran de dirimir con las armas. Después de dirigirse los más groseros insultos, sin olvidar de hacer alusión a las familias respec-

tivas, echaron mano a las navajas y se dispusieron a acometerse furiosamente, pero no sin que algunas mujeres de la vecindad, horriblemente impresionadas por el espectáculo que ofrecían dos hombres dispuestos a matarse, comenzaron a gritar:

—¡Socorro! ¡Guardias! ¡Que se matan!

Escuchó Bonarillo aquellas voces al pasar cerca del lugar de la riña; aceleró el paso, con el deseo de intervenir para evitarla, y lo primero que hizo al llegar fué dar un empujón a cada uno de los contendientes, separarlos, reconvenirlos y alear su conducta, diciéndoles que dos hombres trabajadores como ellos no debían matarse, por muy grave que fuera la cuestión que tuvieran pendientes.

De pronto, quedaron ambos como estupefactos; pero, repuestos de la impresión, y como si se pusieran de acuerdo, trataron de acometer con los aceros al pacificador, de lo que, advertido éste, y provisto como iba de un fuerte bastón, lo enarbó con mucho brío, y tirando a la cabeza de cada uno de los automedontes, comenzó a repartir palos a diestro y siniestro, hasta que puso en fuga a los dos contendientes, los cuales hubieron de ir a curarse los golpes a una Casa de Socorro.

Paco Bonal se marchó tranquilo, luego de escuchar alabanzas por su conducta de cuantas personas acudieron al ruido de la trapatiesta, y cuando en los días sucesivos pasó por allí, jamás se atrevieron los cocheros a decirle una palabra, sin duda porque le veían siempre con el bastón en la mano.

Repetimos que fué Bonarillo un buen torero; mas no supo guardarse del intruso que penetra cautelosamente, furtivamente, en nuestro ánimo para hacer que seamos una negación de nosotros mismos en el orden de nuestras actividades, cosa que tal vez no ocurriese si tuviéramos en cuenta que el poder, la fuerza, la voluntad y otros resortes dinámicos que un día nos prestan aliento no son fines en sí mismos, sino sólo condiciones y garantías de más altas cosas, las cuales mal pueden lograrse cuando dejamos que dicho «enemigo» se deslice en nuestras almas.

Siempre que esto ocurre es porque otras fuerzas se oponen a la propia y reducen las posibilidades del luchador. Una con la que tropezó Bonarillo fué el mencionado Reverte, y las otras, Emilio, Bombita, y El Algabeño, doctorados estos dos últimos en 1893 y 1895, respectivamente. Si Bombita luchó denodadamente en los primeros años que actuó como matador de toros para no quedar oscurecido por Mazzantini —fuera todavía potencia—, el coloso Guerrita y el popularísimo Reverte, el Algabeño logró con sus estocadas escalar pronto un codiciado lugar, en tanto que Antonio Fuentes surcaba muchos adeptos por su toreo clásico y elegante, y, francamente, ante tantos obstáculos, debió de sentir Bonarillo desmavada su voluntad.

Aparte esto, algo debieron de influir para su desmayo la cornada que sufrió en Santander, el 26 de julio de 1895, del toro Grandero, de Udaeta, y la que le produjo el llamado Pañuelero, de la viuda de Ló-

pez Navarro, en Madrid, el 11 de octubre de 1896.

Y puesto que, aunque circunstancialmente, nos hemos ocupado de Emilio, Bombita, y el Algabeño, no terminaremos este trabajo sin hacer una rectificación.

¡Hablábamos en uno de nuestros anteriores de los errores que se publican? Pues he aquí que al fallecer el primero de los citados diestros dijo una Agencia informativa que ambos formaron en su tiempo una pareja famosa, como si uno y otro hubiesen actuado juntos repetidas veces mano a mano, a la manera de tantos que lo hicieron en el curso de la historia taurómaca desde que las corridas de toros existen. Error crasísimo. Bombita y el Algabeño jamás formaron pareja; y es más: sobran dedos de una mano para contar las ocasiones en que toraron haciendo dúo.

Bien dijo Cervantes, al atribuir a Urganda la Desconocida aquellos versos estampados a la cabeza del «Quijote»:

*Que el que saca a luz pape-
para entretener donce-
escribe a tontas y a lo.*

Y donde quiere decir «doncellas en treténidas», pongamos aficionados ingenuos, que se tragan cuanto quieren escribir los despistados.

DON VENTURA



José García, Algabeño, al tomar la alternativa en el año 1895



Emilio Torres, Bombita, cuando tomó la alternativa en el año 1893



Rafael González Machaquito

VIEJAS REMEMBRANZAS
LOS VETERANOS QUE SE VAN Y LOS QUE QUEDAN

Lo que fué la temporada de 1946 en Portugal

ALGO más movida que la temporada de 1945 y menos que la de 1944 fué en Portugal la temporada de 1946.

La del año 1944 se debió a la revolución que provocó un torero mejicano muy poco conocido en España —Gregorio García—, que se presentó en la Plaza de Campo Pequeno sin que le precediese propaganda alguna. Causó tal impresión su forma de torear, que determinó discusiones acaloradas y hasta palos, cosa desusada aquí. No había, desde luego, tal revolucionario. Gregorio García, cuando llegó a Lisboa, era un novillero ya un poco pasado de moda en su país y que aquí cayó como agua de mayo, pues despertó la dormida afición portuguesa con sus cogidas, ya que estaba más veces rodando por la arena o en la cabeza de los toros, que de pie.

Ha vuelto este año, después de haber toreado por los Estados mejicanos muchas corridas, y la verdad es que se le ha notado grandemente, pues lo ha hecho con la soltura y tranquilidad que da el estar «puesto», aunque su cartel ha bajado ya aquí el cincuenta por ciento.

Aunque el primer novillero portugués que ha toreado como tal en España fué Augusto Gomes, no se le concedió tanta importancia como a Diamantino Vizéu, quizá porque el primero no fué precedido, como el segundo, de una noticia en la Prensa de que actuaba en Sevilla, y nada menos que en sus tradicionales corridas de feria de abril, a la cual acudirían por ese motivo cua-

Los "cavaleiros" nuevos. -- La sorpresa de Diamantino Vizéu y el "toureiro de brincadeira"

do. Llevado de su afición, y sin preocuparle lo más mínimo de lo quedada que estaba la res, volvió y le clavó, después de consentirla mucho, un par de banderillas a dos manos. Nuevo entusiasmo. Pide otro par, lo parte contra las tablas y, entrando de nuevo muy cerrado, le adorna el morrillo con aquel «ferro» de a palmo. Tuvo que desmontarse, con el cornúpeto aún en la Plaza, y dar la vuelta al ruedo. Le arrojaron ramos de flores y, cosa que nunca vi en las Plazas portuguesas, ¡hasta prendas de vestir!

Juan Branco Nuncio, el otro gran rejoneador portugués, que sostiene con Simao la competencia desde hace muchos años, no ha tenido tan larga serie de éxitos como su contrincante, por la falta de cabalgadura. Como no es tan conocido en España como Veiga, diré aquí lo que tantas veces he escrito en reseñas portuguesas: Salvando las distancias y los planos, la competencia de Simao da Veiga y Juan Branco Nuncio viene a ser algo así como la que un día sostuvieron Joselito y Belmonte.

Han seguido en orden de méritos Paquito Mascarenhas y Murtieira Correia. El primero, que conocimos actuando en las Plazas españolas, siendo un niño, es hoy todo un señor «cavaleiro», con el que hay que apretarse, no diré los machos de la talequilla, pero sí la rótula sobre la montura para ganarle el «tirón».

Murtieira Correia tiene una escuela a lo Nuncio y una afición extraordinaria, por lo que es también de los «peligrosos» para actuar con él.

Alberto Luis Lopes, hijo del otro gran «cavaleiro» Antonio (que sólo ha toreado en esta temporada en dos corridas, siendo empresario de algunas otras), afirmase día a día, intentando frecuentemente realizar aquello que la experiencia del padre le enseñó, o sea, un toreo puro: clavar, con la cabeza del morlaco al estribo, de alto a bajo y formando ángulo recto el brazo y rejón.

José Casimiro es un muchacho de rancia estirpe torera; es otro gran artista, simpático, como su padre, don José, también grande y antiguo «cavalei-

ro», al que consideramos un chicuelo del arte «da picardia», pues deja siempre la miel en los labios, sin dar todo lo que debe y puede.

Fernando Salgueiro no ha tenido mucha suerte este año en las actuaciones que le hemos visto, y del Príncipe de Chamusca, Rosa Rodrigues, sólo puedo decir que ha toreado diez corridas, por no haberlo visto actuar esta temporada.

Don Alvaro Domesq ha tenido dos actuaciones. No doy la impresión de su trabajo por no encontrarme en Portugal en aquella fecha.

Conchita Cintrón es aquí un cheque al portador. En Vila Franca de Xira toreó, alternando con el maestro Domingo Ortega y Pepe Luis Vázquez, y dió una gran tarde de toros a pie y a caballo.

Cerramos con dos nuevos «cavaleiros»: Soares Castelo y Francisco Domingos Canastra, valores que en sus actuaciones afirmaron las esperanzas. Aquí no tienen importancia las alternativas, por lo que puede actuar con Ortega cualquier novillero incipiente, aunque, justo es decirlo, se ha respetado este año esta anomalía un poco más, pues sólo los mano a mano del matador de toros Gregorio García con el novillero Diamantino Vizéu entran en la costumbre.

Torearon Ortega, Pepote, Paco Gorráez, Manuel Escudero, Pepín Martín Vázquez, Ricardo Torres, Fermín Rivera, Calesero, Pepe Luis Vázquez, Antonio Bienvenida, Luis Briones, el Choni y Julián Marín.

Otro novillero portugués que ha toreado veintinueve corridas es Manuel dos Santos, «rapaz» que sabe torear, aunque un poco viciado. Si actuara en España como en una corrida en Campo Pequeno, torero habemus.

Augusto Gomes, al que en principio nos referimos, es otro de los portugueses lleno de una voluntad constante de agradar, aunque su toreo se acerca más al del banderillero que al del matador. Tiene poca suerte, ya que cada vez que le cogen los toros es para calarlo en firme.

Siguen en número de corridas: Alfonso del Toro, con cinco; Armando Martín Armillita, que en la primera corrida, y al simular su primer quite (aquí las corridas son sin picadores), salió cogido. Hizo un total de cuatro festejos.

Niño de la Palma (padre), en sustitución de su hijo; Emilio Escudero y Manolo Navarro, torearón tres.

Manolo Ortiz, Ricardo Balderas, Vito, Peducho de Canarias, Paco Roldán, Pablo Lalanda, Juanito Bienvenida, Pepe García (mejicano) y García Ontiveros, una cada uno.

Un muchacho en el que tienen puestas sus esperanzas los aficionados portugueses que lo vieron actuar en fiestas benéficas es Antonio José de Oliveira, de Zamora Correia, hijo de uno de los dueños de la ganadería Oliveira Hermanos. Fino de tipo, «novo», con afición y comprendiendo el toreo, no es de extrañar que se ponga este año a la cabeza de la novillería sin gran esfuerzo.

A. MARTIN MAQUEDA



Torerito de Triana, Juan Branco Nuncio y el banderillero Moyano

go mil portugueses. Aquí causó extrañeza, ya que se trataba de un muchacho que sólo había toreado en dos o tres festivales, y si acaso, en una corrida sin caballos. Fué un pleno o un salto y carta, premiado con la oreja luso-española que se le concedió, por lo que ha logrado ser novedad en los dos países y torear por esta causa una cincuentena de novilladas; elevó la alegría de los portugueses, que pusieron en él su entusiasmo, si bien esperan, pasada la primera impresión, que demuestre más calidad de la que ha dado.

Las más brillantes actuaciones las ha tenido Simao da Veiga, no sólo en la primera Plaza del país —Campo Pequeno—, sino también en provincias.

En una de sus actuaciones en Lisboa, y después de «farppear» admirablemente un toro, se retiraba, en medio de ensordecedora ovación, cuando el público le pidió que siguiese rejonear-

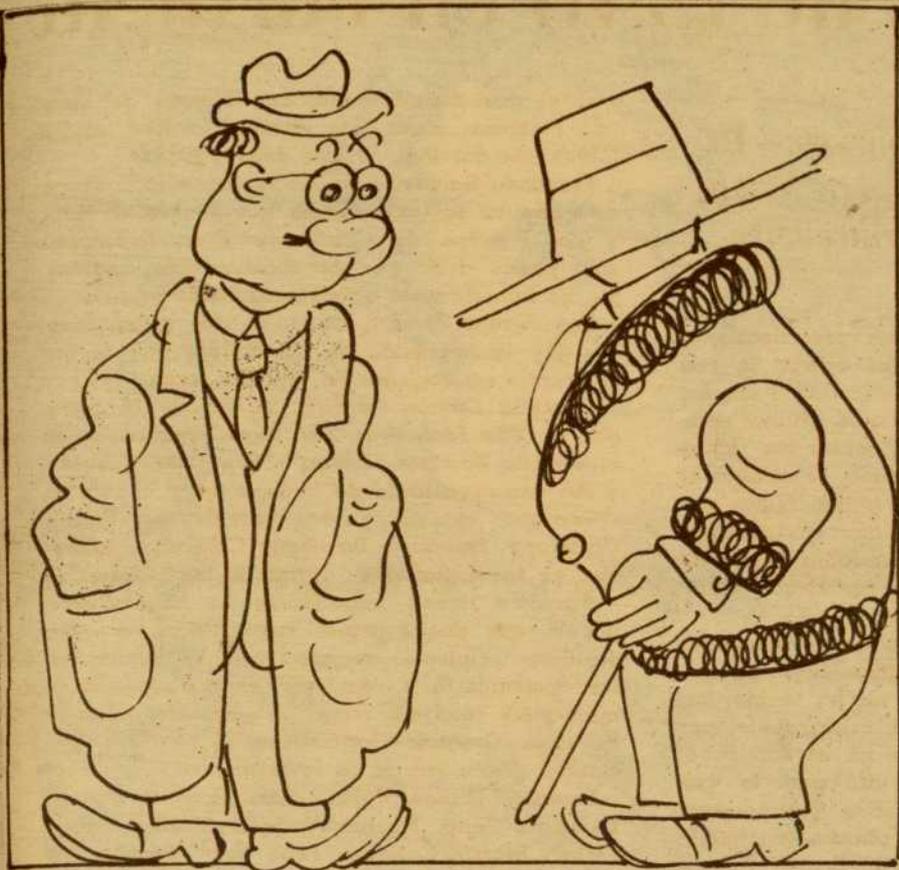


Francisco Mascarenhas

Simao da Veiga, a la salida de un rejón (Fotos Vives y Sebastián)

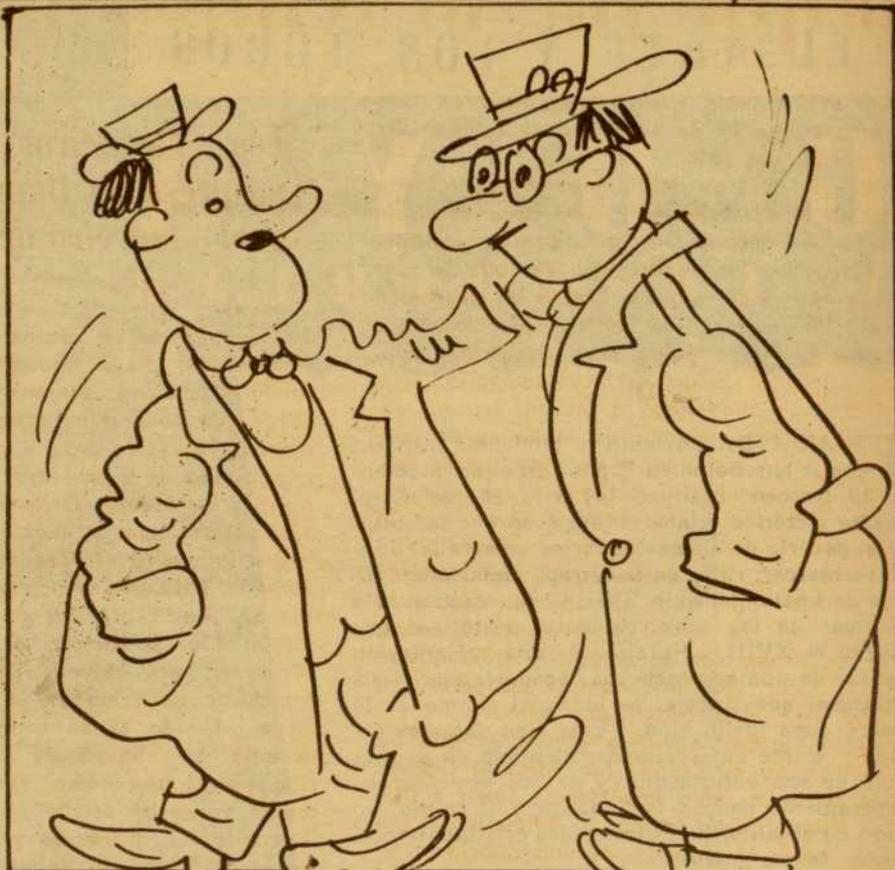


4 CHISTES TAURINOS DE GALINDO, 4



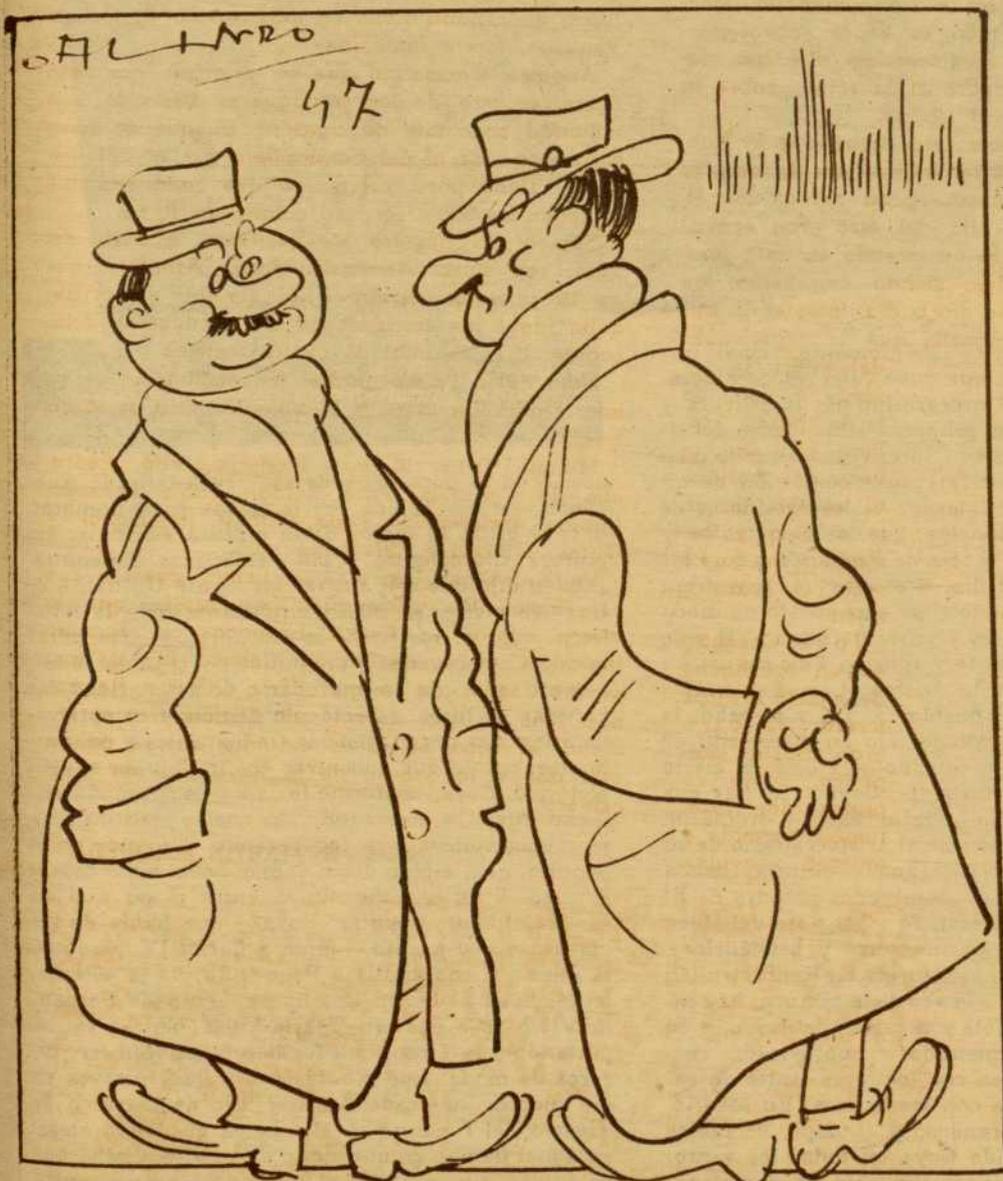
EXTRAÑEZA

—No comprendo por qué dice mi mujer que a mí me sienta bien el sombrero ancho.



INNOVACION

—¿Y por qué suprimiría usted la montera en los toreros?
—Porque, con traje de luces, lo natural es el flexible.



DIALOGUILLO

—Tengo gran afición a la astronomía, y, sobre todo, me entusiasma Febo con manchas.
—Sí. Es usted un aficionado de sol y sombra.



VISITA

—El señorito está en los toros.
—Dígale que ha estado a verle su amigo Ricardo. ¿Está entendido?
—No, señor. En meseta de toril.

EL ARTE Y LOS TOROS

GOYA Y LO POPULAR

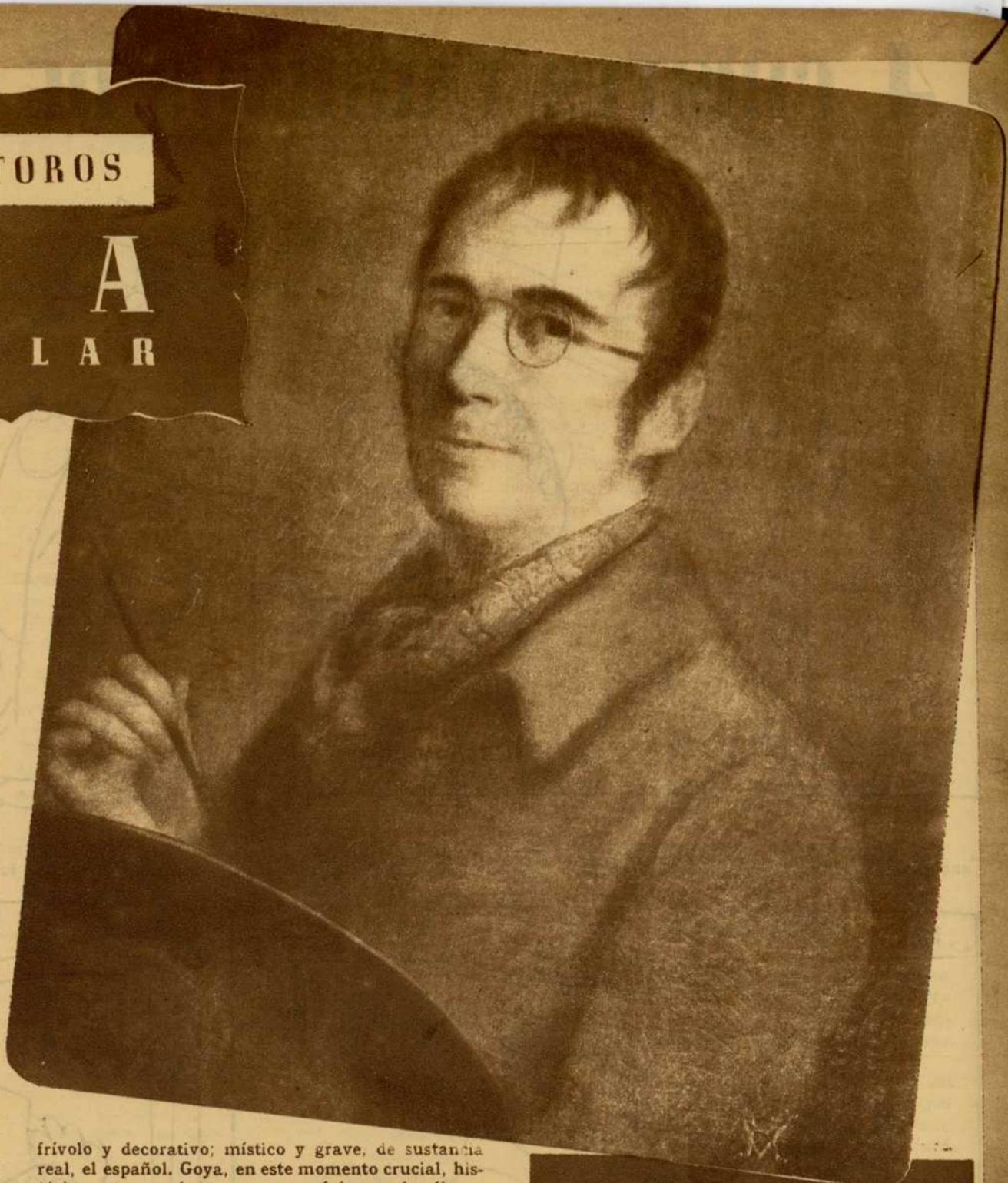
III

DESVANECIDA un tanto la tendencia francesa que se enseñoreó en España en aquel momento, trascendental para las artes, en que el preciosismo pictórico estaba en auge, en que la cultura y el poderío de allende el Pirineo marcaba, o intentaba marcar, rutas en la Europa embobada e ingenua de finales del siglo XVII, Goya, reaccionando a compás de los acontecimientos históricos que prologan el XVIII, abjurando de una suplantación artística, de una apostasía más acomodaticia y circunstancial que sincera, se lanza al campo de lo popular, cuya inclinación —más bien digamos devoción— siente enfervorizada, alentada en lo más íntimo de sus entusiasmos y de sus preferencias. Temperamento dado a la bullanga y al tronío, no es raro en el pintor de Fuendetodos esta innata preferencia de sus gustos.

Se han acabado ya las dieciochescas maneras y reverencias de una Corte vecina en pleno crepúsculo, las sedas y brocados. Las blancas pelucas de la nobleza son piezas ya inservibles de guardarropía. El lujo y el boato declinan. Se han acabado ya, naturalmente, los minués y las pavanas en los regios salones de las Tullerías, en el Palais Royal, en las salas tapizadas de seda y raso de Fontainebleau y en los jardines recortados y simétricos de Versalles. La guillotina —arma cobarde y denigrante de la Revolución— ha impuesto cierta mugrienta democratización de las costumbres. La atmósfera ya no huele a las ricas esencias de los perfumistas franceses. Los violines que tocaron aires majestuosos y solemnes, con ritmo de desconcertante parsimonia, lanzan ahora las notas exaltadoras y perturbadoras de «La Marsellesa». Es que dicen que la evolución se impone. Es el momento coincidente, fatal, en que España, cebilitada sus ansias, ha declarado abiertamente y sin rodeos la más lamentable y trastornadora decadencia. Buonaparte —más tarde Bonaparte—, el más soberbio inteligente o el inteligente más soberbio —el orden de los factores ya se sabe que no altera el producto—, ha puesto, ¡cómo no!, sus ojos en España. Francia entera vive sacrificada y amorosamente esclava a sus caprichos bélicos. La epopeya de 1808, el grito solemne, henchido y majestuoso de nuestra soberana independencia, es como la válvula o resorte que hace muy favorablemente reaccionar el espíritu y la inquietud, el nervosismo patriótico del pintor de retratos don Francisco de Goya y Lucientes. Los acontecimientos, los sucesos de un crudo y patético realismo, se han clavado muy hondo, como dardos, en las conciencias y en el espíritu de las gentes, para que no conmuevan y sacudan las profundas raíces españolas de Goya. Como dijo Manach, no se pueden contrariar a capricho los imperativos de la filiación histórica y cultural. España y Francia habían representado secularmente en la evolución de la cultura europea principios antitéticos, sentimientos contrapuestos, ideales colectivos e individuales que no podían conciliarse por debajo de las comunes externalidades de cada época. Mientras un espíritu de nacionalismo celoso, pero calculista y dispuesto siempre al sacrificio de la norma al interés, había informado la conducta histórica de Francia, un rígido anhelo ecuménico, un austero sentido de universalidad y un ímpetu trascendente habían puesto su sello expansivo y heroico a toda gesta de España. De ahí —insiste el erudito cubano Jorge Manach— que toda la cultura francesa haya sido una cultura pagana y contemplativa, mientras que la española ha sido mística y militante. En el siglo XVII, madame Rambouillet cifra la idea francesa; la española hay que buscarla en Santa Teresa de Jesús. La religión produce en Francia abates y herejes; en España, inquisidores y cruzados. El arte francés es siempre algo

frívolo y decorativo; místico y grave, de sustancia real, el español. Goya, en este momento crucial, histórico y trascendente, que pone fulgores de alborada en el cielo español ennegrecido por la pólvora y arcos de triunfo en las primeras anualidades del siglo XVIII, crea un nuevo impresionismo que lo mismo recoge la última y fervorosa comunión de un Santo —San José de Calasanz—, los asesinatos de los franceses en la Moncloa, que las hazañas toreadas de Martincho, los lances de Pedro Romero y las temeridades de Pepe-Hillo. Y es que los toros, fibra y nervio del alma española, se han puesto de moda por obra y gracia del rey y señor Fernando VII y de su ministro, el intrigante y funesto Calomarde. Lo popular triunfa sobre lo aristocrático. Los nobles se familiarizan con el pueblo. Al fin y al cabo, la Revolución Francesa, ahondando en el espíritu de todos los pueblos, ha producido su efecto en cierto modo demoledor y perturbante. Goya —no hay que olvidarlo—, un sí es no es zafio, basto y ordinario, aunque no tanto que merme el aristocratismo de su egregia —egregia por soberana— pintura, hecha un día para adornar las asombradas paredes de El Escorial y del recinto recatado y gracioso del Buen Retiro; Goya, en fin, enamorado y pendenciero, burlador de la Justicia, aventurero en Roma, truhán e impío, mago y brujo a la vez de la pintura, ha sentido el ansia incontenible y nerviosa del toreo, y en cosos y plazuelas, en mentidos e improvisados ruídos, enfrente valeroso con los toros, antes de enfrentarse abiertamente con los lienzos. En Madrid, en aquel Madrid jacarandoso y chulapo, de majas y chisperos, es conocido Goya en todos los ventorros y tabernas. Allí donde el pueblo, en una alegre y desatada euforia, hija muchas veces del vino, canta la victoria de su casticismo, va empapándose de esa recia textura de liberalismo que ha de ser como el papel pautado que servirá para entonar el gran cántico heroico de nuestra independencia.

¡Goya torero! Goya pintor de toros, que no es lo mismo. Porque lo uno no es sino el cultivo de lo otro. El sentido dramático se mezcla, se confunde y



«Goya» (autorretrato). (Colección Lázaro)

auna con lo popular, y de ese «cock-tail» de emociones, de esa bebida fuerte hecha para hombres, nace y brilla lo mejor de la pintura española, esa pintura sin dengues y sin debilidades femeninas. ¿Quién dijo que son alegres los toros? Un hálito de tragedia vive y se mantiene durante toda la lidia. Lo popular se advierte y se descubre con sólo mirar la masa heterogénea y magnífica del tendido. Y así, con ese sello, con ese marchamo de popularidad, las corridas de toros, espectáculo democrático enraizado a las más puras esencias tradicionales y costumbristas, tenían que encontrar eco, reflejo en el arte pictórico. Goya, conforme los años pasan madurando su intelecto, depurando sus ansias artísticamente concepcionistas, va recuperando el sentido de lo popular, que, a bien decir, jamás había visto desvanecerse. Y en esta disyuntiva entre el ser y el no ser racialmente popular, Goya —que había de recuperarse a sí mismo— pinta a Carlos IV, pero con la misma mano dibuja a Pepe-Hillo y a la «Pajuelera»; lleva al lienzo la adiposa figura de Fernando VII o de la fea reina María Luisa, pero se recrea pintando a la Tirana y a los hermanos Romero, toreados de moda, flor y nata que brilla y destaca en los ruedos. Su academicismo, hijo de David o de Tiépolo, del Tiziano y de Mengs, va quedando atrás, en aquel tiempo en que sintió el regusto almidarado de copiar, sin copiarlo, el retocado y preciso gusto francés. Lo popular se impone, y con lo popular —Goya será siempre un hombre del pueblo—, las estampas más extrañas, disparatadas y algunas alucinantes, que componen la serie llamada «La tauromaquia». De ahora en adelante los toros entrarán en el escalafón del arte.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



«Capean otro encerrado.»

«La Tauromaquia», de Goya



ENRIQUE
SEGURA

Toreros célebres: Antonio Pérez, el Ostión

SEMANARIO GRAFICO DE LOS TOROS